

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Los cuentos de la ciudad dormida

Héctor Hidalgo

Tegua

Raúl Benapres

Antología de poesía infantil

Recopilación de Dorys Zaballos

Teatro escolar representable

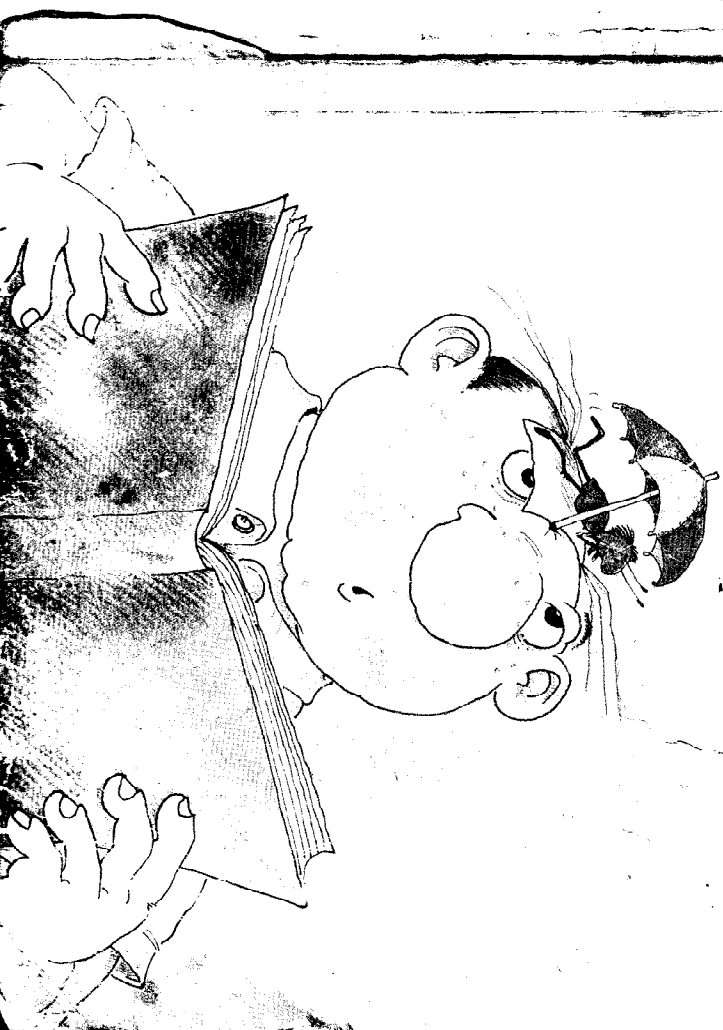
Volumen I

INFANTIL • JUVENIL • ARRAYÁN

Saúl Schkolnik

Cuentos con pulgas

NARRATIVA



*Cuentos
con pulgas*

INFANTIL • JUVENIL • ARRAYÁN

Saúl Schkolnik

Cuentos con pulgas

NARRATIVA

Director de colección

Juan Andrés Piña

Diseño de colección

Felipe Infante

Ilustraciones

Antonio Castell

Edición

Ignacio Rodríguez

Diseño gráfico

Leonardo Villelves

Ilustraciones de
Antonio Castell

© Saúl Schkolnik Herensky y Arrayán Editores S.A. Bernardo Morín 435, Providencia, Santiago de Chile. Inscripción N° 99.646. I.S.B.N. 956-240-214-2. Primera edición abril de 1997. Reservados todos los derechos para todos los países. Prohibida su reproducción total o parcial, bajo las sanciones establecidas en la ley. Impreso en Chile por Andros


ARRAYÁN
EDITORES S.A.

La ardillita floja

Allá por los bosques del norte del mundo viven unos animales que se llaman ardillas. Tienen una cola grande y peluda y se paran en sus patitas traseras para romper la cáscara de las bellotas —pues comen bellotas— frunciendo la nariz.

¿Verdad que son simpáticas?

Sucedió que en un bosque frondoso, donde raras veces penetraban los rayos del sol, había un viejo encino. En este árbol vivía una familia de ardillas.

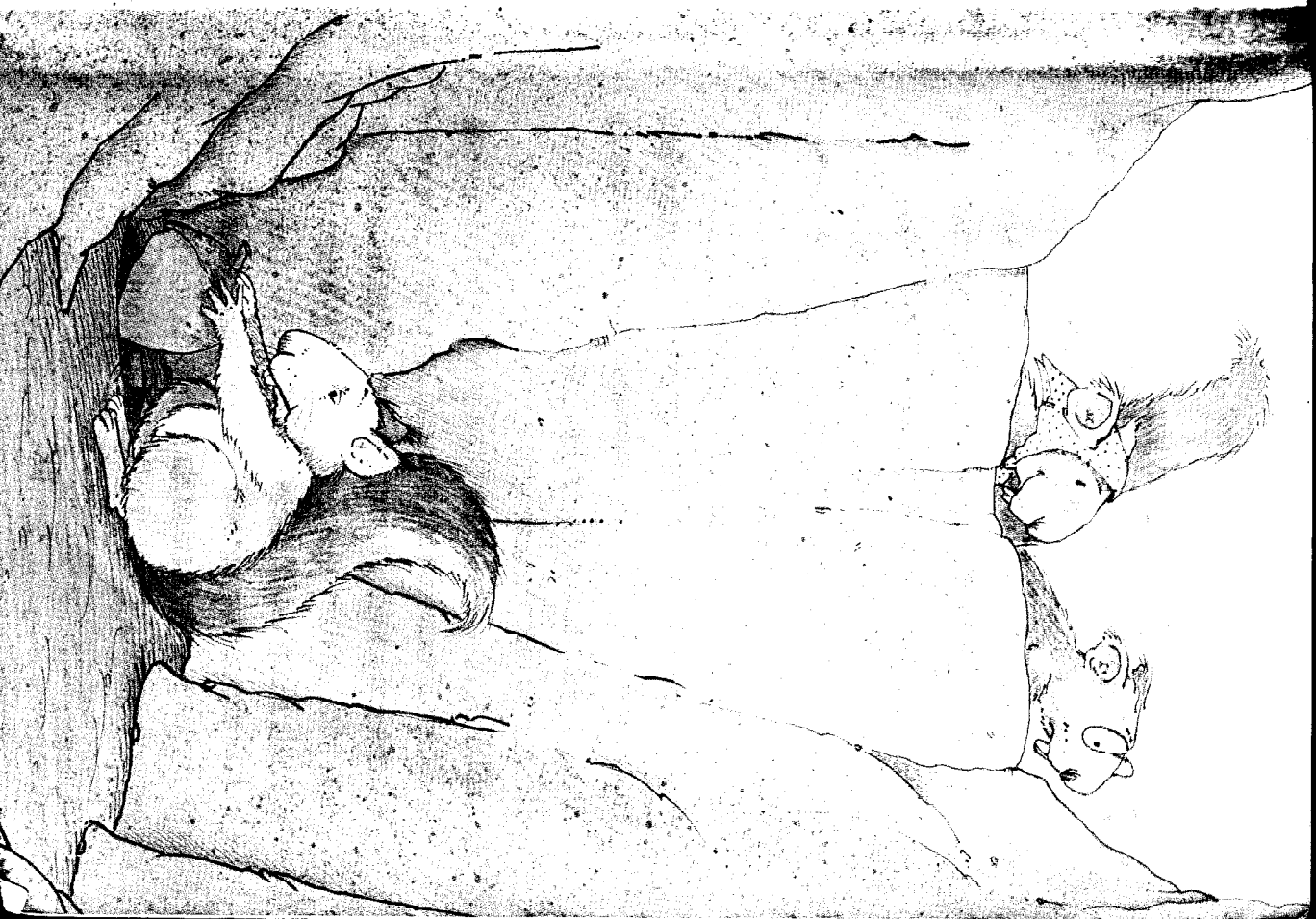
El papá ardilla, la mamá ardilla y cinco ardillas chiquitas.

Mientras papá y mamá ardilla se preocupaban de arreglar la casa, las ardillitas, jugando, se tiraban la cola, echaban carreras para ver cuál corría más ligero y se empinaban para alcanzar la rama más alta y ver cuál era la más grande.

Pero una de las cinco ardillitas era floja. ¡Uy, qué floja era!...

(Si tú la hubieras visto: casi daba risa. Por supuesto, nunca quería lavarse los dientes por la noche; en la mañana no había cómo sacarla de la cama: siempre inventaba que estaba terminando de leer una revista; durante el almuerzo se demoraba terriblemente en comer su bellota; y mientras las demás ya estaban corriendo y jugando, ella se tiraba al pasto, de guatita al sol, y así se quedaba hasta la hora de tomar once. ¡Qué floja era!).

Mamá y papá ardilla se dedicaban a recorrer las ramas del encino y todo el prado buscando bellotas para



alimentar a su familia. Pero también las juntaban para cuando llegara el invierno, porque entonces no las hay en las ramas ni en el suelo ni en parte alguna.

Era necesario ser precavido, juntar muchas, muchas bellotas y guardarlas en la bodega para comerlas en invierno. Por eso ellos iban muy atareados de un lado para otro juntándolas.

Un día, los padres reunieron a sus hijas y les explicaron que, como ya estaban grandes, les enseñarían a juntar bellotas y a almacenarlas.

Salieron felices las ardillas con este nuevo juego que era como ir al colegio por primera vez. Miraban cómo su papá y su mamá recogían los frutos y luego los guardaban en su despensa.

Ellas también comenzaron a recoger bellotas y las llevaban corriendo a la bodega. Claro que, como eran juguetonas, en vez de ir con la bellota en las manos o en la boca, se iban jugando a la pelota, y la mitad de las veces la fruta caía al suelo.

(Tú ya te imaginarás a nuestra buena ardilla floja. Se acercaba a una bellota, la miraba, la volvía a mirar, luego se ponía a cortar el tallo con una lentitud tremen-

da. Y mientras las otras recogían cuatro o cinco, ella apenas conseguía una).

Pasaron los días; la bodega se fue llenando y llenando. Las ardillitas veían cómo el espacio para guardar era cada vez más reducido y más reducido y más reducido... hasta que papá les dijo una tarde que ya habían llenado la bodega y que tenían que cerrarla.

Se reunieron todos y la mamá colocó una bellota.

—Ahora —dijo el papá—, ustedes vieron que hemos colocado la última bellota. Se ha llenado nuestra bodega. Ya no caben más. Esto quiere decir que en invierno tendremos mucha comida.

Dicho esto, cerró la despensa.

No tardó en aparecer el invierno y, en verdad, comieron y comieron sin que les faltara alimento. Entonces llegó de nuevo el verano, y con él, los juegos y las correrías de las ardillitas que ya eran mucho más grandes.

—¡Bien! —les dijo mamá ardilla—. Cada una de ustedes tendrá que llenar su propia bodega.

Todas salieron a buscar un hoyo para guardar su comida. Cada una encontró y arregló así su propia bode-

ga. Nuestra amiga, la ardilla floja, eligió, por supuesto, un hoyito muy cerca de la casa para no tener que caminar mucho. Entonces salieron a buscar bellotas para ir las guardando.

Pero, ¡claro!, ¡tú sabes lo que sucedió! La ardillita floja era tan floja que algo le tenía que pasar...

Mientras sus hermanas corrían y corrían, ella seguía muy echada de guatita al sol. ¡Estaba tan rico el sol!

Es que nuestra amiga pensaba (y desde luego se creía muy inteligente): “¿Para qué matarse trabajando, corriendo y guardando bellotas, si he visto con mis propios ojos que el depósito de mis papás quedó lleno con la ‘última bellota’? Así es que el trabajo que me di para juntar todas las otras fue en vano. Hubiera bastado con esa última bellota para dejarla repleta. Ahora bien, si me pudiera conseguir una de éstas, una última bellota, podría llenar mi bodega sin mayor trabajo. Me evitaría tener que juntar y acarrear todas las demás”.

Eso fue lo que pensó nuestra amiga y, de inmediato, empezó a buscar una bellota que fuera la última para guardarla y colmar su bodega. Tomaba una, probaba si

la dejaba llena o no. Luego traía otra y corría a probarla, y otra y otra...

Ahora bien, como era tan floja, había buscado un hoyito que tuviera una entrada muy chica donde apenas si cabía una bellota corriente, así es que no demoró mucho en encontrar una más grande. Al intentar meterla, quedó atascada en el boquete.

“¡Oh!”, pensó la ardilla, “se repletó mi bodega. Encontré la bellota que llenó mi despensa”. Miró satisfecha su trabajo y fue de nuevo a echarse al sol.

Pasaban corriendo a su lado su papá ardilla, su mamá ardilla y sus hermanas ardillas moviendo sus colas, frunciendo sus narices y acarreamo bellotas.

Ella... ¡feliz al sol!

—¿Llenaste tu bodega? —le preguntó su papá.

—Sí, papá —respondió muy ufana.

—¿Llenaste tu despensa? —le preguntó su mamá.

—Sí, mamá, por supuesto —declaró muy oronda.

—¿Llenaste tu hoyito? —le preguntaron sus hermanas.

—¡Pero claro! —contestó—. ¡Qué tontas son ustedes!

Papá y mamá ardilla tenían sus dudas, pues conocían a sus hijas; por eso, cuando todas dijeron haber completado su trabajo, fueron a revisar los depósitos uno por uno. Efectivamente, todos se veían llenos y, por supuesto, en cada una de las bodegas había una bellota, la última que la repletaba.

Lo mismo encontraron en la bodega de la ardilla floja: grande y redonda, la última bellota llenaba su entrada.

Y llegó el invierno...

Ya no había más bellotas en las ramas del encino, tampoco en el suelo, ni en ninguna parte. Ese día, cada ardilla se dirigió a su bodega, sacó su bellota y almorzó.

También nuestra amiga se dirigió a su despensa, tiró y tiró de su gran bellota (si lo recuerdas, estaba atascada) hasta que logró sacarla. Se dirigió con ella al comedor y almorzó junto con toda su familia.

Al día siguiente, nuevamente las ardillas se dirigieron a sus despensas, sacaron otro fruto y almorzaron.

La ardilla floja hizo lo mismo. Llegó hasta su hoyito y miró... y miró... pero sólo había un agujero negro y vacío. No había nada, ¡nada!

“¡Qué raro!”, pensó; “cuando papá puso la última bellota dijo: —Hemos colocado la última bellota. Se ha llenado nuestra bodega. Yo también puse una, llené mi despensa y ahora está vacía. ¿Qué habrá pasado?”. Fue al comedor en donde estaban almorzando y se puso a llorar porque tenía hambre.

Durante ese invierno, mamá y papá ardilla le dieron bellotas para que no pasara hambre, pero al llegar el verano, sin que nadie le dijera nada... ¿saben lo que hizo?

Pero un día, al salir de su casa, la ranita quedó maravillada...

—¡Croac! —gritó—. ¡Croac, croac!
Nunca, nunca en su corta vida había visto algo tan hermoso.

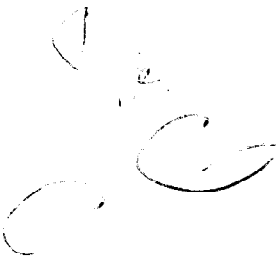
Era una bola dorada que brillaba como si fuera el sol dorado, como la superficie lisa del agua del estanque en los días sin viento y casi tan grande como ella misma.

Se acercó un poco para tomarle el olor, no fuera a ser algo peligroso. Se acercó otro poco para tomarle el gusto, tal vez pudiera comerse. Se acercó otro poco más para tocarla, a ver si se movía.

Pero como la bola dorada no se movió y no tenía ni olor ni gusto a nada, decidió que debía ser... ¡de oro puro!

—¡De oro puro! —exclamó—. Pero entonces —agregó bajando la voz— debe de ser una bola muy, pero muy valiosa.

Lo primero que pensó fue mostrársela a todos sus amigos: al sapo Jurapo, al ratón Filipón y a Beatriz, la codorniz. Pero después se quedó pensando y lo segun-



Junto a la charca donde habitaba la rana Juana, todo era alegría. Cada amanecer despertaba, se daba una zambullida, tomaba su desayuno y... ¡A la escuela a estudiar y a jugar se ha dicho!

Sus mejores amigos eran el ratón Filipón, el sapo Jurapo y Beatriz, la codorniz. Con ellos les gustaba jugar.

do que pensó fue que mejor no se la mostraba porque se la pedirían prestada para jugar y...

En ese momento pasó por allí el sapo Jurapo.

—¡Buenos días, rana Juana! —la saludó.

—¡Buenos días, sapo Jurapo! —respondió la ranita.

—¡Que bola tan linda tienes! ¿Me la prestas para jugar un rato?

Juana, la rana, dudó unos momentos antes de contestar. ¿Y si Jurapo, el sapo, se la ensuciaba? Entonces le dijo:

—No, prefiero no prestártela; la puedes ensuciar.

—¡Bah! —se enojó el sapito y se alejó saltando.

Llegó luego el ratón Filipón y al ver la bola dorada se la pidió para jugar con ella.

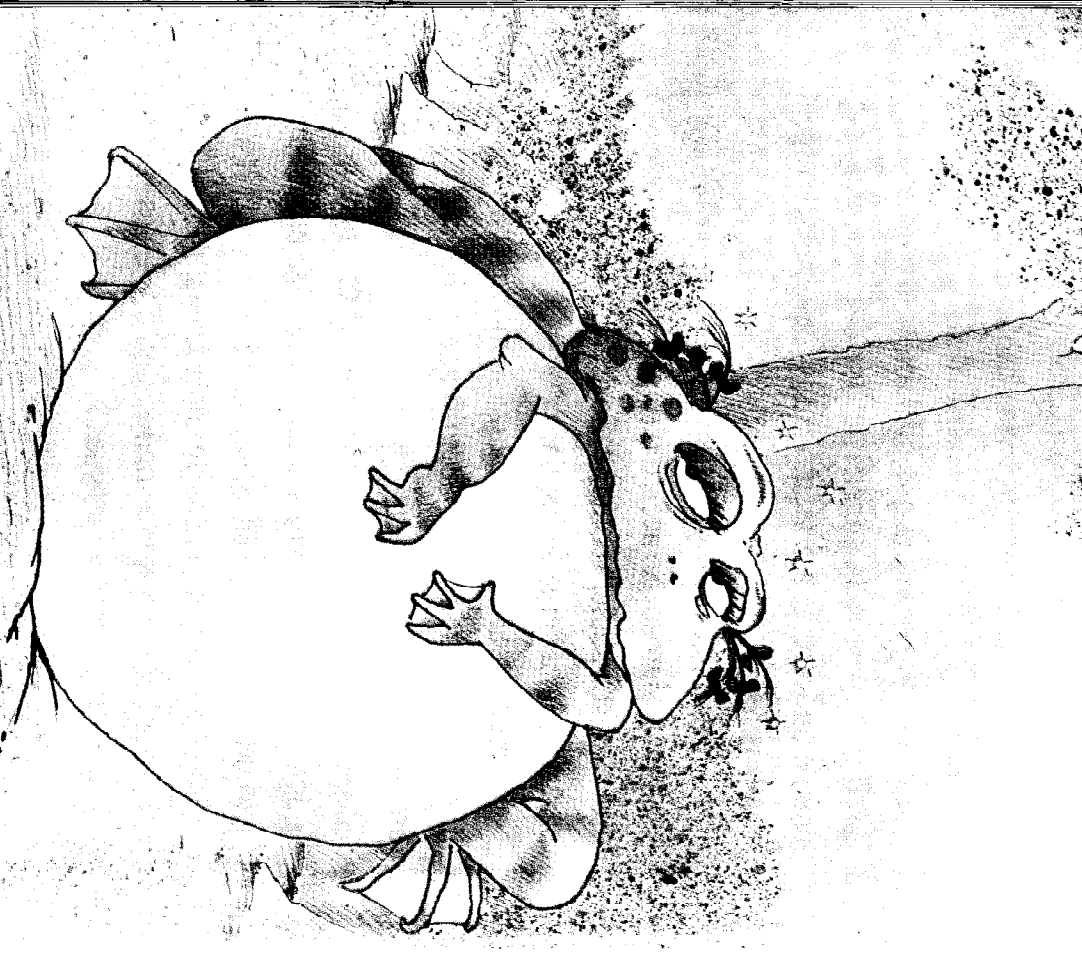
—No, prefiero no prestártela —le dijo—; la puedes romper.

—¡Bah! —se enojó el ratón y se alejó corriendo.

—¡Hola, hola, ranita Juana! —oyó que le gritaba su amiga Beatriz, la codorniz.

—¡Hola Beatriz!

—¡Oh! ¡Pero qué bola más hermosa! —se asombró la codorniz al verla—. ¿Puedo jugar con ella?



—No, prefiero no prestártela; la puedes perder.

—¡Bah! —se enojó la codorniz y se alejó aleteando.

—¡Hm! —se dijo la rana Juana—. Parece que se enojaron conmigo, pero es que si le pasara cualquier cosa a mi valiosa bola de oro, si se me llegara a perder o aun si trataran de quitármela... Sería terrible, terrible—. Y Juana, la ranita, sintió un poco de temor.

—Creo que voy a tener que hacer como los grandes. Voy a trabajar mucho para poder cuidar este tesoro mío —se volvió a decir—. Ya sé lo que haré. Me sentaré sobre ella, así nada le podrá suceder.

Y, dicho y hecho, de un brinco, ¡plopl!, la rana Juana quedó sentada sobre la brillante bola.

Así pasó un buen rato hasta la hora de comida.

—¡Hm, qué hambre tengo! —se dijo la ranita—, pero debo continuar con mi trabajo—. Y no se movió de arriba de la bola.

Y llegó la hora de dormir.

—¡Hm, me muero de sueño! —bostezó la ranita—, pero no me dormiré ni me moveré de arriba de la bola.

Y luego llegó la mañana siguiente.

—Hm, qué ganas tengo de ir a la escuela a estudiar

y a jugar, pero debo seguir trabajando —se dijo la ranita, y no se movió de arriba de la bola.

Sin embargo, durante todo ese día, mientras Juana seguía sentada sobre su valioso tesoro, preocupada por que no le fuera a pasar algo, ninguno de sus amigos apareció por allí.

Al otro día la ranita amaneció muerta de sueño, con un hambre enorme y, sobre todo, con unas ganas tremendas de ir a su escuela a estudiar y a jugar con sus amigos.

Entonces decidió bajarse de su bola. Luego se le acercó y le tomó el olor... Seguía sin olor a nada; la probó... pero tampoco tenía gusto a nada; la tocó... era lisa y fría; intentó empujarla, pero la bola no se movía, pues era muy pesada.

—Definitivamente —se dijo—, me quita el sueño y ni siquiera sirve para comer. Pero lo peor es que tampoco sirve para estudiar ni para entretenerse. ¿Sabes? —le dijo a la bola—. La verdad es que eres muy aburrida...

Y dándose media vuelta corrió a jugar con sus amigos.

sa figura, no atinó a escapar; por el contrario, sintió sus pies como adheridos al suelo.

Sin embargo, el feroz dinosaurio se quedó mirándolo fijamente.

“¡Qué extraño!”, pensó Carla. ¿Qué estará esperando para atacarme? ¿Y qué hago para salir de ésta?

Entonces se le ocurrió una idea. Decidió imitar lo que su atacante hacía y levantó por sobre su cabeza la chaqueta de muchos colores que llevaba puesta, formando así un abanico mucho más impresionante que el del *Dilophosaurus*.

Éste, al ver aquello, se asustó aún más que Carla. Guardó apresuradamente su propio abanico y agachó la cabeza en una clara señal de sumisión.

—¡No me mates, por favor!—rogó suplicante—, ¡no me mates...!

—No tengo ninguna intención de hacerlo —replicó la niña—, pero yo creí que eras tú el que quería comerme. Y debo confesarte que tienes un aspecto, bueno... bastante, bastante feroz con ese abanico tuyo.

—¡Este abanico? ¡Ah! Lo pongo así para que mis enemigos crean que soy muy valiente y muy feroz

Un abanico para asustar

Carla estaba paseando con Deino, un sabio *Deinonychus*—que aunque era carnívoro no comía niñas—, cuando de pronto apareció amenazante, frente a ellos, un *Dilophosaurus* que desplegab su gran abanico de escamas sobre la cabeza.

El sabio huyó, pero la niña, aterrada por la espanto-

—explicó el *Dilophosaurus* un tanto avergonzado—, pero la verdad es que soy muy tímido —concluyó en voz baja.

Los amigos de Carla, al ver que nada le ocurría a la muchacha, se acercaron cautelosamente y, finalmente, se pusieron a conversar con el *Dilophosaurus*.

Pero entonces apareció un *Alosaurus*, un enorme y sanguinario carnívoro, dispuesto al ataque.

(Recordemos que el lugar estaba lleno de dinosaurios).

Al pobrecito *Dilophosaurus* se le formó de inmediato, y sin quererlo, un abanico alrededor de su cabeza.

Por su parte, la valiente Carla decidió enfrentar también al recién aparecido y levantó nuevamente su colorida chaqueta por sobre su propia cabeza.

Al ver frente a él a dos animales tan feroces —uno de ellos totalmente desconocido (la humana Carla)—, el carnívoro optó por desaparecer lo más rápidamente que pudo y buscar otras presas más fáciles de cazar.

Carla, Deino y su nuevo amigo Dilop, que así se llamaba el *Dilophosaurus*, no pudieron sino reírse del pobre *Alosaurus* que huía con la cola entre las patas.



Saul Schkolnik

Eso también explica por qué Carla sólo usa su chaqueta multicolor cuando sale a dar una vuelta a la manzana.

El potrillo y una señora vieja

El día en que Anselmo nació, hubo fiesta en el establo.

Papá Caballo, muy orgulloso, no paraba de repetir que su hijo sería el futuro campeón de carreras del mundo. ¿Y qué decir de Mamá Yegua? Tenía una sonrisa de oreja a oreja de puro contenta que estaba.

Desde chiquito, Papá Caballo llevó a Anselmo para que viera las carreras de caballos en las que, según le insistía una y otra vez, su tío había sido un gran campeon.

Anselmo iba con su papá, pero la verdad, verdad, era que no le atraía demasiado.

¿Sabes lo que le gustaba? Pues le gustaba escuchar música. ¡Adoraba escuchar música! Y apenas oía una melodía, levantaba su patita delantera derecha. Luego la izquierrda, hacía un giro y así seguía hasta que la música se terminaba.

Cuando Anselmo tuvo edad suficiente, su papá lo mandó al Hipódromo—que es donde los caballos compien corriendo— para que aprendiera a correr.

Anselmo pasó mucho tiempo corriendo para acá y para allá, casi siempre con un señor montado sobre él, pero la verdad, verdad, era que no le atraía demasiado. Iba porque su papá quería que lo hiciera y a él le gustaba darle en el gusto a su papá.

Lo que él adoraba era escuchar música.

Y así llegó el día en que Anselmo tuvo que participar en su primera carrera.



Un señor se le subió encima, lo colocaron —como ya lo habían hecho muchas veces— en una caseta enrejada y ¡pum!, cuando sonó un disparo, tuvo que salir corriendo junto con los demás potrillos.

En el Hipódromo, mientras tanto, la gente iba de allá para acá sin nada más que hacer que mirar caballos corriendo y sin nada más de qué hablar sino de caballos de carrera. Por eso al encargado se le ocurrió tocar por los parlantes una melodía de moda.

En ese momento, Anselmo iba corriendo de lo mejor. Pero escuchó la música y se detuvo para levantar una patita delantera y después la otra; luego hizo un giro a la derecha y otro a la izquierda; en seguida levantó las dos patitas traseras...

¿Y la carrera?... Anselmo había olvidado la carrera.

Lo peor fue que alguien lo vio hacer todas esas cabriolas y brincos y comenzó a reírse del potrillo y a señalarlo con el dedo. Otros lo miraron y también empezaron a reírse de él.

Al poco rato toda la gente del Hipódromo se reía a carcajadas de este absurdo animal que había dejado de correr y se dedicaba a hacer pirue-

tas. Hasta su jinete se bajó para mirarlo y comenzó a reírse también.

¿Toda la gente? No, no toda.

Una señora vieja que en su juventud había sido una famosa bailarina, salió de entre la multitud que reía y se dirigió a Anselmo.

—Oye —le dijo—, no te importe que la gente se ría de ti.

—Yo no sabía que se reírían —se disculpó Anselmo—. Le prometo que lo hice sin querer. Nunca más lo haré. La próxima vez no volveré a detenerme.

—No, no. Mira, yo tengo una pequeña escuela de danza. Lo que debes hacer es ir a verme lo antes posible —lo invitó la vieja señora.

Al día siguiente, Anselmo entró a estudiar en la escuela de danza que dirigía la vieja señora. Como tenía muy buen oído, mucho ritmo y lo hacía tan bien, muy pronto pudo ingresar a un con-junto de baile.

Al poco tiempo llegó a ser uno de los bailarines más famosos del mundo.

—Es lo que yo decía —no paraba de repetir Papá

Caballo muy orgulloso—. Baila tan bien como lo hacía su tía abuela materna.

¿Y Mamá Yegua? Mamá Yegua seguía teniendo una sonrisa de oreja a oreja de puro contenta que estaba.

Saltamontes tocaba el violín

Saltamontes tocaba el violín, mirando solitario la Luna.

Mariposa, acercándose, lo saludó:

—¡Buenas noches, Saltamontes! ¿Cómo estás?

—¡Bien! —contestó bruscamente.

—¿No se siente solo allá abajo? —insistió amigable Mariposa.

“Me siento solo, pero no me gusta que me lo recuerden”, pensó Saltamontes, y respondió:

—No sé cómo podría sentirme solo, señora.

—¡Qué lástima!, porque yo sí me siento sola y pensé que podríamos conversar un ratito, pero parece que a usted no le interesa... —dijo Mariposa y se fue volando.

Saltamontes observó cómo Mariposa se alejaba.

—¡Qué pena! —se dijo—. Se fue...

Y continuó tocando su violín, mirando solitario la Luna.

Entonces llegó el señor Escarabajo.

—¡Hola! —le dijo.

—¡Hola! —contestó Saltamontes casi descortés.

—Dime, Saltamontes, ¿cómo puedes estar toda la noche sin hacer otra cosa más que tocar tu violín? ¿Es que no tienes ningún problema?

“¿Problemas?”, pensó Saltamontes. “¡Yaya si los tengo! Pero no me atrevo a molestar a nadie con mis problemas...”. Y respondió:

—¿Problemas, yo? ¡Cómo se le puede ocurrir semejante idea!

Escarabajo, un tanto molesto, saltando de la rama comentó:

—¡Allá tú! Yo había pensado que podríamos contar nuestros problemas. A veces eso ayuda.

Saltamontes miró alejarse a Escarabajo.

—¡Qué tonto soy! —se dijo—. Si hubiera conversado con él, quizás habría podido resolver alguno de mis problemas, y quizás le hubiera ayudado a resolver los suyos.

Y, arrepentido, siguió tocando su violín, mirando solitario la Luna.

Abeja, muy cansada, se dejó caer en una hoja junto a él.

—¡Ay, Saltamontes! —se lamentó—, se me hizo tan tarde que no pude llegar hasta mi colmena. Tendré que pasar la noche adentro de una flor. Pero usted, ¿cómo está?

“La verdad es que yo tampoco tengo donde pasar la noche”, pensó Saltamontes, “pero no creo que a la señora Abeja le interese”. Y contestó un tanto hosco:

—¡Muy bien!

—¡Lo envidio! —continuó Abeja que era muy conversadora—. Lo que es yo, ¡estoy agotada!, y lo peor

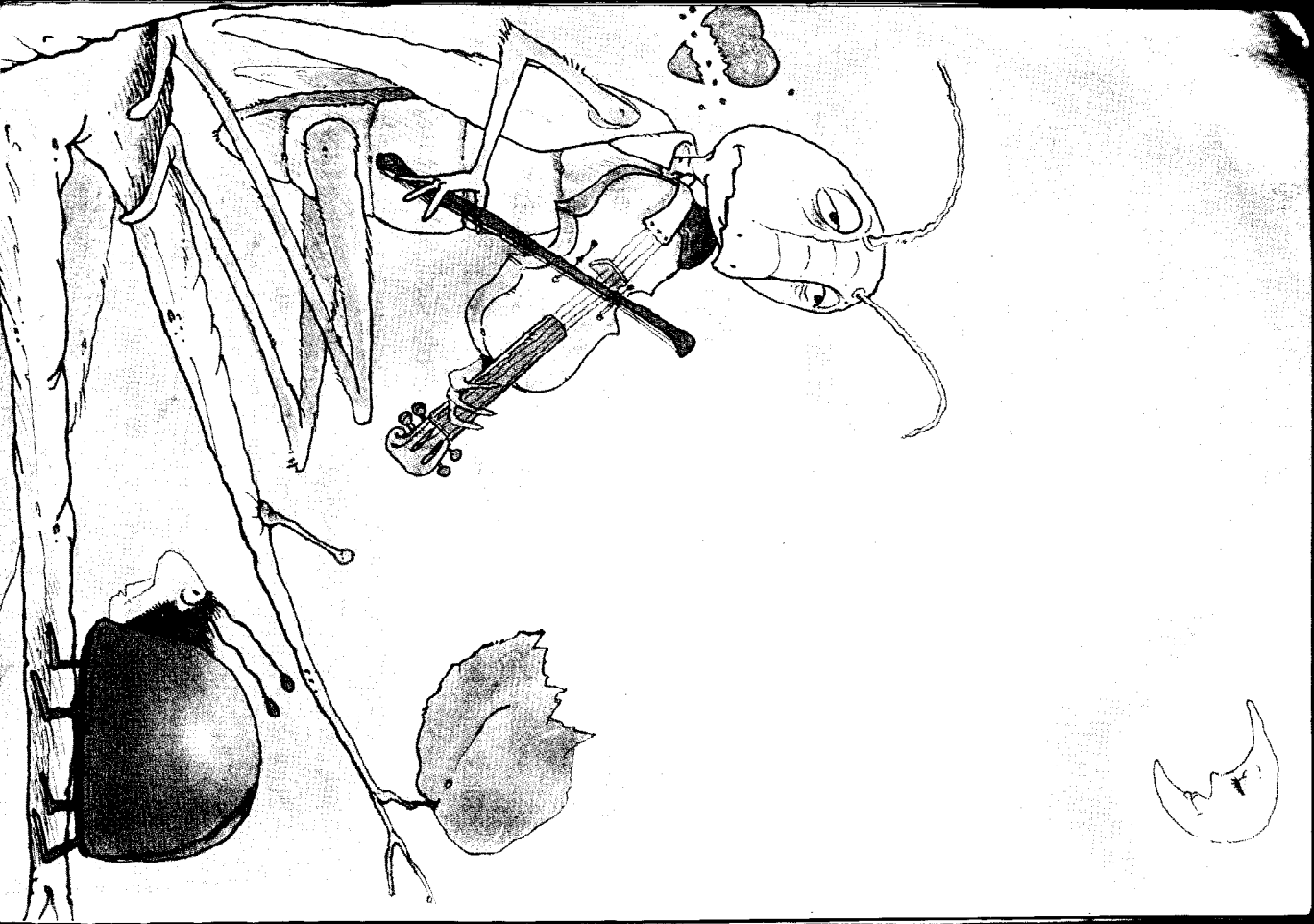
es que todavía tengo que encontrar otro poco de comida. Y dígame, Saltamontes, ¿cómo se las arregla para buscar su comida usted solo, sin ayuda?

—¿Ayuda yo? ¡Nooo! —aseguró y se dio vuelta rápidamente para ocultar su mentira, porque en realidad deseaba tener muchos compañeros para buscar la comida entre todos.

—¡Lástima grande! —dijo Abeja—, pues si me hubiera afirmado esta flor para poder sacar el néctar, le habría ofrecido traer lo que usted necesitara... —, Y par-tió veloz.

Cuando la hubo perdido de vista, Saltamontes pensó: “¿Qué sucede conmigo? Todo lo que tenía que hacer era sostenerle un ratito esa flor; debería haberlo hecho”. Pero como ya comenzaba a aclarar, dejó de tocar su violín, se despidió de la Luna y saltó hasta los pies del arbusto buscando al señor Ratón, porque se le había ocurrido una idea.

—Ratón —le dijo cuando por fin lo encontró—, ¿podrías avisar a los animales del bosque que en la tarde daré un concierto de violín para que vayan a escucharme?



—Claro, Saltamontes —aceptó Ratón, y corrió por el bosque invitando a todos los animales, grandes y pequeños, al concierto que Saltamontes daría aquella tarde.

Se lo contó a Zorro y a Lagartija, a Chinchilla y a Lechuza, a Rana y a Conejo, a Pollilla y a Chincol, a todos, todos, se lo contó... y entonces volvió donde estaba Saltamontes y le dijo:

—¡Cuánto lo siento! Nadie quiso aceptar tu invitación. Todos tenían algo que hacer.

“Pero ¡eso es imposible!”, se extrañó Saltamontes y pensó: “Aunque no es imposible. Más bien es una disculpa. Si yo ¡mi hablo con ellos!, ¿por qué habrían de venir?”

Por eso, a la siguiente noche...

Saltamontes tocaba el violín, mirando la Luna. A su lado pasó el señor Gusano.

—¡Señor Gusano! —lo saludó—, ¡cuánto tiempo que no lo veía! ¿Cómo sigue su dolor de pies, siempre molestándolo?

Gusano lo miró con extrañeza pero, como Saltamontes estaba tan amigable, le contestó y, muy pronto, conversaban como viejos amigos... hasta que tuvo que marcharse.

Saltamontes siguió tocando su violín, cuando vio venir al señor Escarabajo.

—¡Ah, Escarabajo! Con usted quería encontrarme, porque fíjese que tengo un problema y espero que me ayude —le dijo.

—¿No me diga?

—¡No le digo!

—¡Claro, claro, y yo tengo un problema parecido! —le contó Escarabajo.

—¿No me diga?

—¡No le digo!

Y ambos siguieron contándose sus problemas hasta que Escarabajo tuvo que retirarse.

Saltamontes siguió tocando su violín, pero dejó de hacerlo cuando vio a Mariposa.

—¡Doña Mariposal! ¡Qué elegante se ve con su traje azul y dorado! —le dijo galante.

—¡Señor Saltamooooontes...! —se ruborizó Mariposa y siguieron conversando hasta que llegó Abeja.

—¿Está más descansada, señora Abeja? ¿Durmiste bien? —le preguntó.

—Así, así, señor Saltamontes —contestó Abeja muy

contenta porque al fin podría contarle a alguien cómo había dormido.

Los tres continuaron conversando durante largo rato hasta que ambas tuvieron que continuar su vuelo.

Saltamontes, entonces, miró la Luna y suspirando volvió a tocar su violín. Tocó un buen rato y al detenerse a descansar oyó aplausos por todos lados. Miró a su alrededor y, ¡ahí estaban, escuchándole, todos los animales del bosque!

Ahora Saltamontes toca el violín, acompañado de sus amigos, y también de la Luna.

Marcela no baja al subterráneo

A Marcela no le gustaba para nada bajar al subterráneo de su casa.

Resulta que una noche su mamá le había dicho que lo hiciera y, ¿sabes con lo que se había encontrado? Pues nada menos que con un *Gallinimus* de largos cuello y cola y patas traseras, sobre las cuales estaba parado.

Marcela estaba a punto de salir arrancando, cuando de pronto oyó unos gritos de auxilio y, sin pensarlo dos veces, corrió hacia el lugar desde donde provenían.

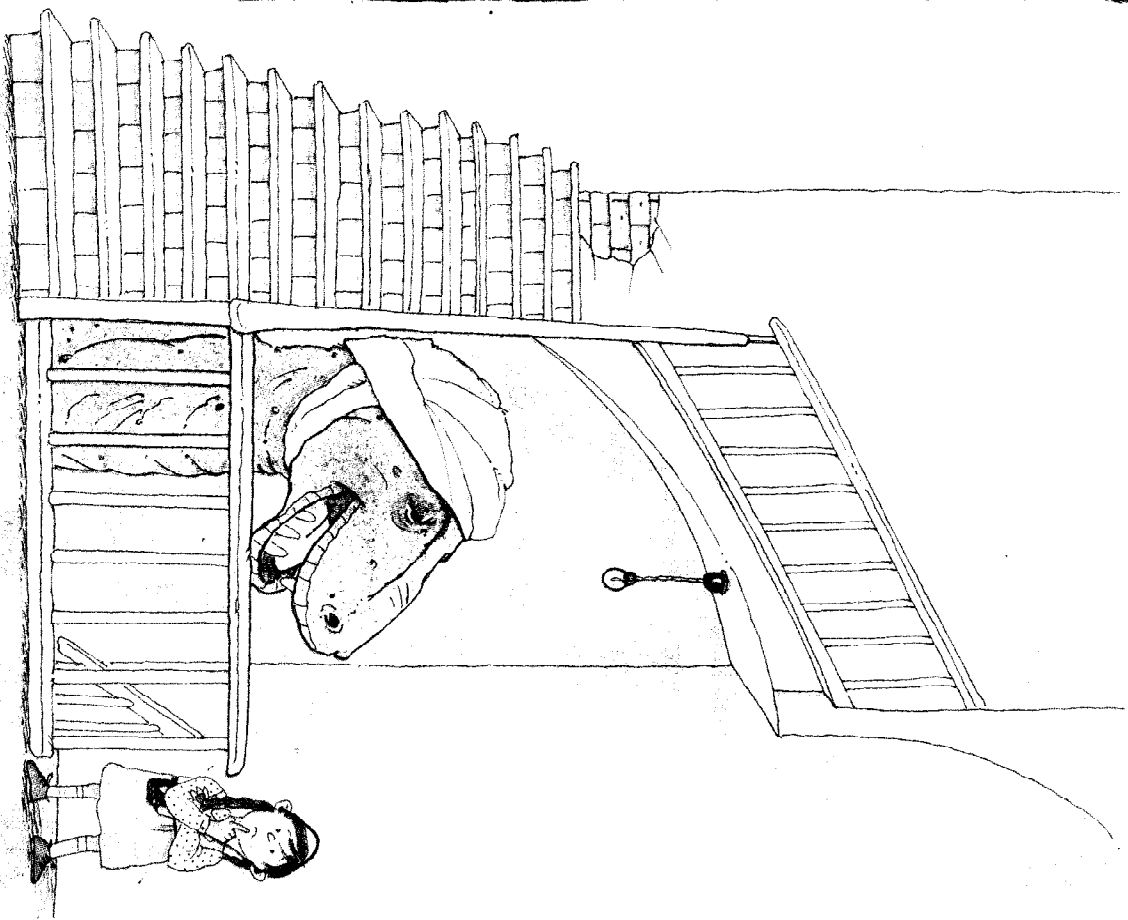
De lo que no se percató la buena de Marcela fue de que el subterráneo ya no tenía paredes, sino que era una enorme selva.

Llegó seguida del *Gallinimus*, justo a tiempo para ver cómo un gran *Tyrannosaurus rex* (el más poderoso de los dinosaurios carnívoros), intentaba devorar las pequeñas e indefensas crías de una *Protoceratops* (no más grande que una perra policial).

La madre trataba desesperadamente, aunque sin lograrlo, de atraer al feroz carnívoro hacia ella para salvar la vida de sus pequeños.

Pero en ese momento, entre los gigantes árboles apareció un *Euplocephalus* que, aunque mucho más pequeño que el *Tyrannosaurus*, pero con una gruesa y muy resistente armadura, de inmediato se interpuso entre el carnívoro y el nido donde estaban sus víctimas.

La lucha fue tremenda; los contrincantes avanzaban y retrocedían, amenazando el grande con sus poderosas mandíbulas y el pequeño con su formidable cola.



Por fin, el *Euplocephalus* logró golpear con su potente extremidad acorazada al enorme carnívoro en una pierna y lo dejó gravemente herido.

El carnívoro se dio media vuelta, y se lanzó directo hacia el cuello de su valiente enemigo e intentó morirlo con sus mandíbulas.

Marcela, al ver que la batalla podría perderse, en un gesto muy heroico, se adelantó y, sacando el tocacintas portátil que le había regalado su papá, lo encendió y lo puso a todo volumen.

El *Tyrannosaurus*, asombrado, se distrajo, cosa que su contingente aprovechó para asestarle un nuevo golpe con su cola armada en la otra pata, logrando derribarlo.

Pero al ver al dinosaurio caído e indefenso, a la niña le dio pena.

Dirigiéndose a varios dinosaurios, les pidió que sujetaran bien firme la cabeza del enorme carnívoro para evitar que éste la mordiera.

Cuando estuvieron seguros de que el gigante no podía mover su cabeza ni usar sus mandíbulas, Marcela le curó sus heridas, luego se alejó un trecho prudente y le pidió a sus amigos que lo dejaran marchar.

El *Tyrannosaurus* así lo hizo, pero no sin antes decirle a Marcela:

—Quiero darte las gracias, niña, por curarme y, sobre todo, por evitar que me mataran. Nunca antes alguien me había tratado con cariño...

Como les dije, desde ese día a Marcela no le gusta para nada bajar al subterráneo de su casa.

Pero es que este pez estaba convencido de que él era mucho más inteligente que los demás.

Por eso prefería dar vueltas y más vueltas por entre las piedras, siempre solo, meditando acerca de lo talentoso y perspicaz que era.

¿Por qué lo hacía?

Porque, según él, no había otro pez lo suficientemente capaz con quien poder conversar.

(Y no me digas que los peces no hablan. Lo acepto, no hablan nuestro lenguaje, pero... ¿estás seguro de que entre ellos no conversan?).

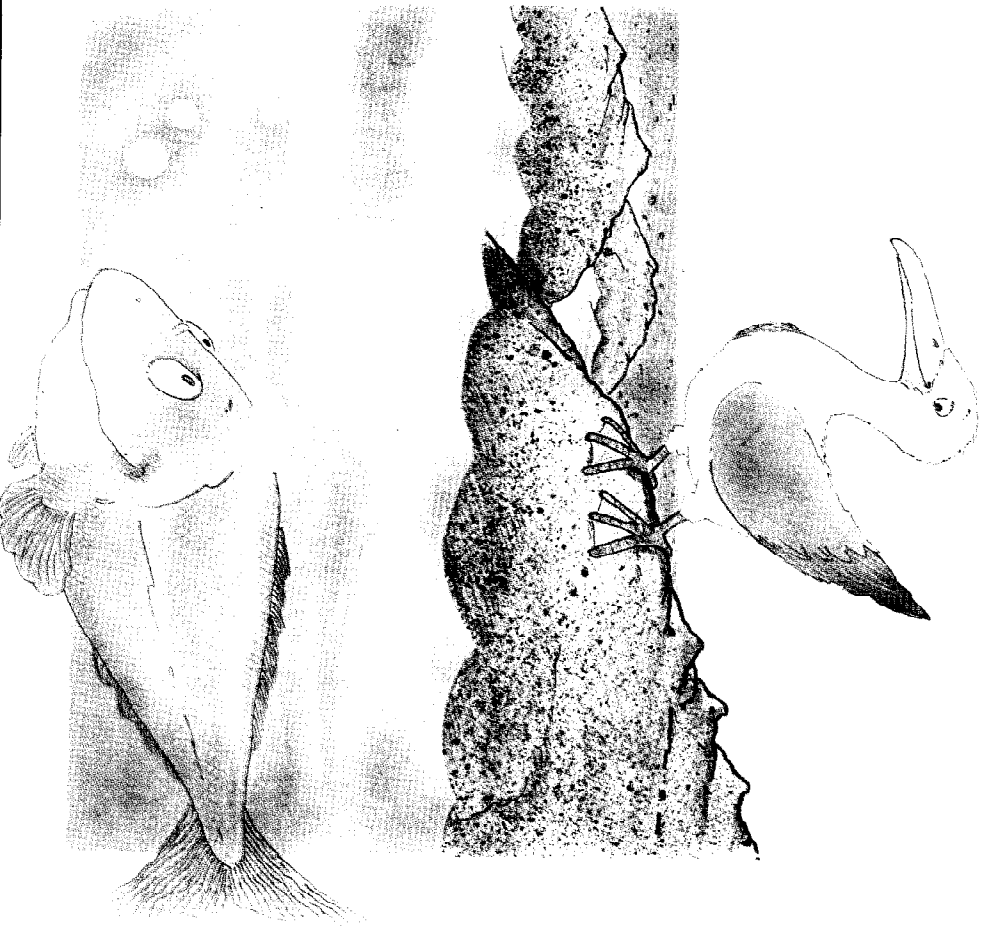
También creía que era más sensible que los demás habitantes de la poza y por eso, seguro de que no había nadie con quien compartir sus sentimientos, adaba admirando la belleza de las algas y de los rayos de sol que atravesaban el agua.

Un día, mientras pensaba en lo inteligente que era y en lo hermoso que se veía un caracol de brillantes colores, vio una gaviota que, parada sobre una roca, miraba fijamente hacia la poza.

“¡Oh!” pensó, “he ahí alguien con quien sí puedo hablar, compartir mis sentimientos. Porque es hermosa

El pez parlanchín

Había una vez un pececito —no estoy muy seguro si era un congrio o una merluza— que vivía en una poza en la costa entre rocas y cochayuyos y olas y arena, junto a muchos otros peces (aunque, obviamente, siempre los pececitos viven junto a muchos otros pececitos).



y la he visto remontar el vuelo por ese otro mar grande que hay sobre este pequenito en que me tocó por desgracia nacer.

Asomando apenas su cabecita fuera del agua, el pescadito saludó a la gaviota:

—¡Hola! —le dijo.

La gaviota, que miraba el agua, se fijó en él, pero no le respondió.

Esto no le importó a nuestro pez (merluza o congrio), que continuó parloteando:

—He estado pensando mucho últimamente...

—indicó.

El pájaro, parado sobre la roca, miró al pez sin con-
testarle.

(Y no es que las gaviotas no sepan hablar: lo que sucede es que ésta, simplemente, se quedaba callada).

El pez continuó su charla:

—Tú sabes —explicó— que habiendo nacido en esta charca, es poco lo que sé del mundo. Seguramente tú, que vuelas por allá, sabes mucho más. Sin embargo, déjame decirte que yo pienso mucho.

La gaviota... ¡muda!

—Soy feliz nadando por estas aguas, por entre las piedras. Pero debo confesarte que me gustaría poder nadar por otros lugares.

El ave continuó en silencio.

—Pero lo que más me gusta es mirar las cosas bellas que me rodean. ¿Y a ti—preguntó en un intento por hacer que el ave le contestara— qué es lo que más te gusta?

—A mí me gusta comer pescado —dijo la gaviota con su voz chillona, hablando por primera vez y, metiendo su cabeza al agua, abrió la boca y de un solo...

¡No! ¡No, no y no!

No sucedió nada de lo que estás pensando, porque en ese preciso instante otra gaviota que revoloteaba por allí cerca, oyendo a aquella que estaba junto a la poza, se dejó caer en picada para arrebatarle su presa.

La primera se asustó un poco y dio un salto.

Pero el pececito parlanchín (congriso o merluza, no lo sé) no se asustó un poco. Se asustó como jamás se

había asustado. Aquel fue el susto más grande de su vida. Se asustó tanto, que se le entró el habla, y dicen quienes lo conocieron que desde ese día jamás volvió a pronunciar ni una sola palabra.

¡Quedó mudo como un pez!

—

La guerra de las tortugas contra los elefantes

co bajita y el cuello largo como el de una jirafa.

Pero, y esto era lo peor, en ese tiempo había una rivalidad tremenda entre los elefantes y las tortugas.

—¡Que nosotros somos más inteligentes!...

—¡Bah! Pero nosotras somos más fuertes...

—¡Leru, Jeru!... nosotros comemos las hojas más ricas...

—¡Es que nosotras somos muchas más...

Y así se lo pasaban todo el día, y a veces también toda la noche.

De esta suerte las cosas, un día las tortugas decidieron hacer algo para dejar callados—definitivamente— a los elefantes.

Aprovechando que éstos se acostaban con sus cabezas apoyadas en las ramas de los árboles, una noche en que los elefantes dormían profundamente, las tortugas se acercaron muy calladitas, les agarraron los hocicos, los estiraron bien, bien estirados, y los amarraron—haciéndoles varios nudos— a las ramas.

Ni qué decir que a la mañana siguiente, cuando los elefantes trataron de levantar las cabezas, ¡simplemente no pudieron hacerlo!

Por si no lo sabes, te lo cuento:

Hace un montón de montones de años los elefantes no tenían colmillos ni tenían trompa y, además, tenían las patas largas como las de los camellos.

Por su parte, las tortugas no tenían caparazón, pero en cambio tenían el cuerpo alto como una carpa de cir-

Tardaron varias semanas en soltarse y cuando lo lograron, se dieron cuenta de que, en vez de sus cortos hocicos, tenían unas largas trompas.

Muy enojados, los elefantes fueron a un cerro donde crecían unos cactus enormes y con sus nuevas trompas arrancaron las espinas que eran tan grandes como los colmillos de un elefante actual.

Cada elefante se colocó dos espinas en la boca, una a cada lado de su trompa, y se dirigieron trotando a atacar a las tortugas.

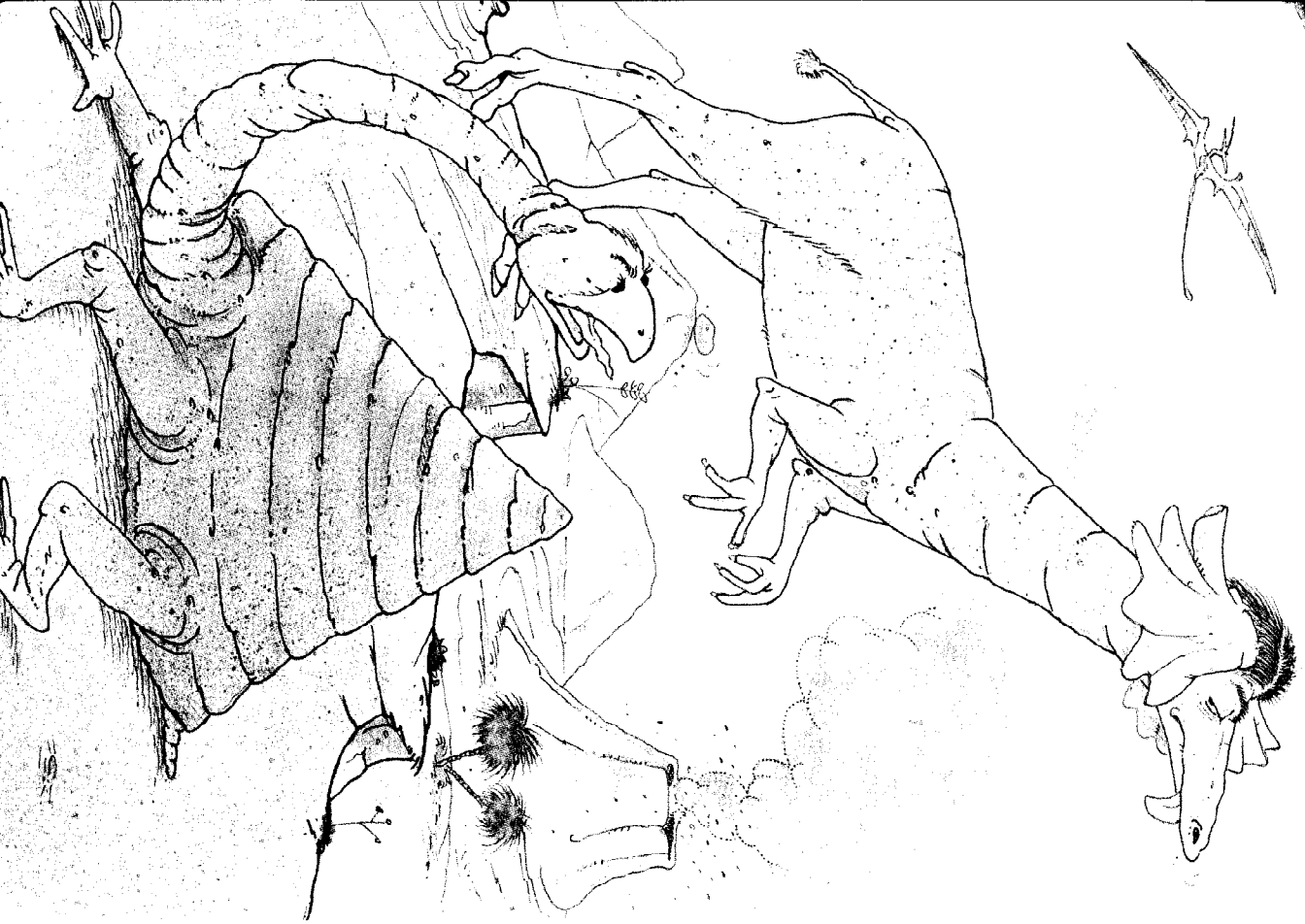
¿Te imaginas lo que es una carga de elefantes furiosos con dos tremendas y afiladas espinas en sus fauces?

De lejos, las tortugas los vieron venir, así es que se apresuraron para refugiarse en una llanura en la que crecían unas palmeras cuyos cocos eran desconmutales.

Golpeando las palmeras lograron hacer caer los cocos al suelo, en donde, al chocar, se partían en dos.

Para protegerse, cada tortuga tomó una mitad y se la puso en el lomo como si fuera una coraza.

De puro susto, al ver llegar a los elefantes, las tortugas encogieron los cuellos hasta meter las cabezas debajo de los cocos.



Los elefantes, indignados al comprender que con sus colmillos no podían destruir las duras caparazones, se abalanzaron sobre éstas y comenzaron a saltar encima de ellas, y estuvieron haciéndolo durante casi un mes.

En todo ese tiempo, las tortugas permanecieron quietecitas, sin atreverse ni siquiera a asomar sus cabezas.

Lo que sucedió fue que, con cada salto, las tortugas se fueron achatando hasta quedar casi planas, y las patas de los elefantes se fueron gastando hasta quedar muy cortitas.

Desde entonces, los elefantes tienen largas trompas y afilados colmillos pero las patas muy cortas.

Y las tortugas tienen el cuello corto y el cuerpo cubierto por una dura caparazón.

Y, por si no lo has notado, desde esa época no se dirigen la palabra.

Tres burros más cinco manzanas

Éstos éranse que se eran dos duendecillos traviosos y regalones que vivían ...donde siempre han vivido los duendecillos traviosos y regalones.

La duendecita era la señorita Tantán. Tenía la nariz respingada, el pelito castaño y una mirada muy pícara.

El señor Quetequete tenía una gran sonrisa, una barba gris y orejas puntiagudas.

Un día, mientras estaban sentados en su hongo perforado, el señor Quetequete le preguntó:

—Dígame, señorita Tantán, ¿cuánto son tres burros más cinco manzanas?

—No, no —se rió la duendecilla—, ¡qué preguntas tan... tan... tan... tontas hace usted, señor. Esas cosas no se pueden sumar.

Sin embargo, el señor Quetequete era muy portiado:

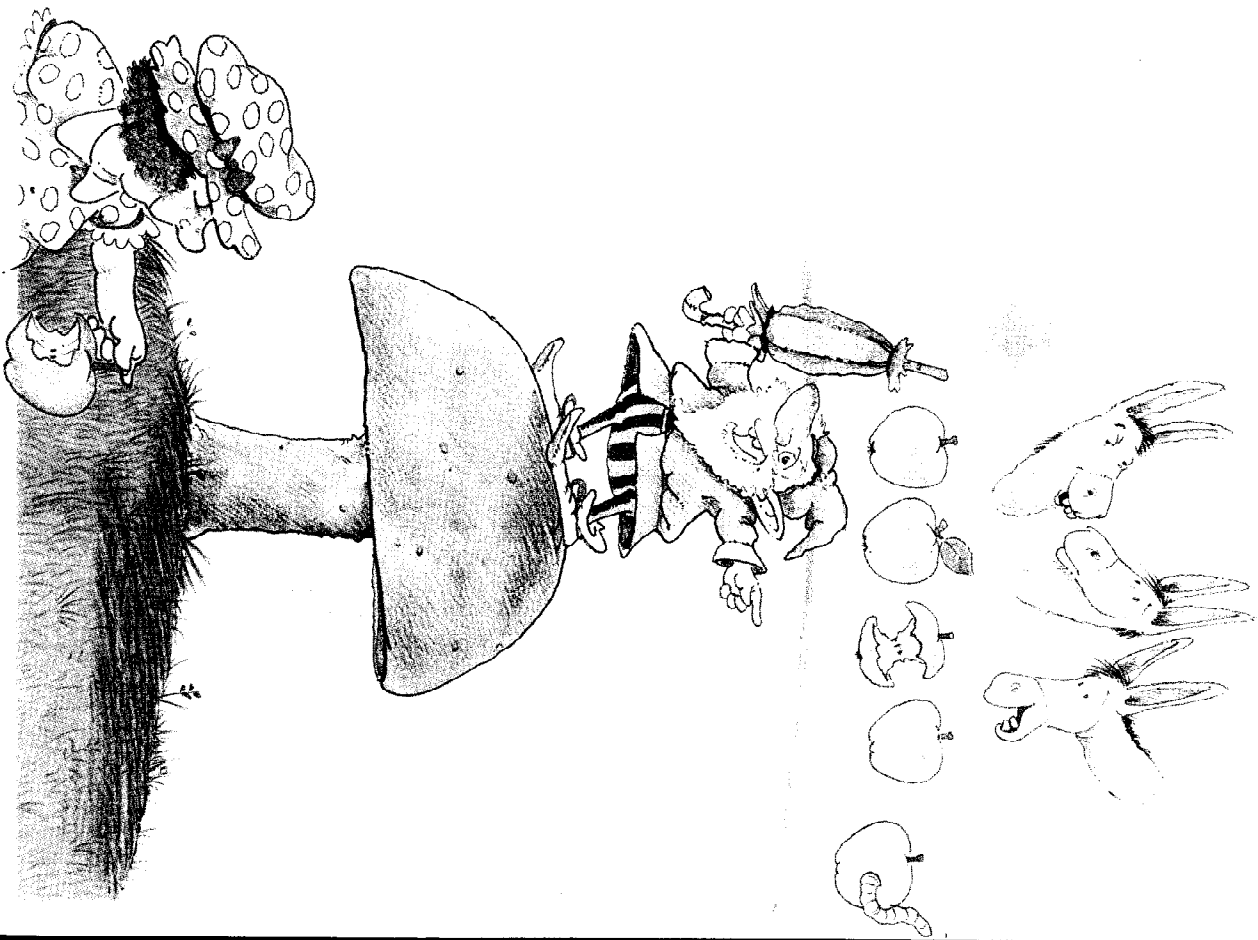
—Pero es que tengo ganas de saber cuánto suman tres burros más cinco manzanas.

—Bueno —aceptó Tantán—, a los burros les gusta comer manzanas, ¿verdad?... Por lo tanto... tres burros más cinco manzanas, es igual a ¡dos burros!

—¿Y qué pasó con las manzanas? —preguntó preocupado el duende—. Y con el otro burro, ¿qué pasó?

—Los burros se comieron las manzanas —explicó Tantán—, pero una estaba podrida, y el pobrecito burro que se la comió... ¡ay, ay, ay, se murió!

—Eso no puede ser —afirmó Quetequete—. ¿Qué te... qué te... qué te parece si yo te dijera que tres burros más



cinco manzanas es igual a... un burro y una manzana?

—¿Un burro? —preguntó extrañada.

—¡Claro!; tu pobrecito burro que murió, porque los otros dos se fueron.

—¿Y la manzana?

—Tengo algo que decirte —confesó él—; yo la saqué antes de que los burros se la comieran.

Quetequete se bajó de su hongo y tomando las cinco manzanas se acercó a los tres burros, pero éstos, al verlo, tipitín-tipitón, salieron arrancando.

—¡Ajá! —dijo el duende—, ¿qué te... qué te... qué te parece lo que acabo de descubrir: tres burros más cinco manzanas es igual a cinco manzanas y ningún burro. La señorita Tantán tomó una manzana.

—Son cuatro —afirmó, y se la comió.

—Son tres —dijo él, y se comió otra.

—Son dos —dijo ella, comiéndose otra más.

—Es una —concluyó Quetequete, mientras se comía la penúltima.

En ese momento, un burro glotón que se había acercado trotando despacio ¡Crunch!, de un bocado se tragó la manzana que quedaba, pero justo... era ¡ay, ay, ay, pobrecito!

Era la manzana podrida, así es que se murió.

La señorita Tantán se apenó mucho.

—Eso le pasa por ser tan... tan... tan glotón —dijo con voz muy triste.

Luego, poniéndose muy seria, agregó:

—No hay manzanas, y dos burros huyeron; entonces... tres burros más cinco manzanas es igual a... un burro, el que se murió.

—Quiero enterrarlo —suspiró apenado el duende.

Hizo un hoyito y lo enterró.

—¡Ahora sí que puedo contestar tu pregunta! —dijo Tantán. Se sentó junto al señor Quetequete y le explicó:

—¡Es tan... tan... tan fácil! Tres burros más cinco manzanas es igual... a nada. ¡Miral!, nosotros nos comimos toditas las manzanas; y de los burros, uno está muerto y los otros dos se arrancaron.

Un picaflor (profesor de matemáticas) dijo:

—¡Qué tontos son! Cualquiera sabe que tres burros más cinco manzanas es igual a... tres burros más cinco manzanas.

Un amigo llamado Braq

No se demoró mucho en ubicar la entrada. Era difícil encontrarla para alguien que no supiera que estaba allí. Sin embargo, al penetrar a la mina... ¡pluuuff!... no alcanzó a dar ni siquiera cinco pasos cuando sintió que el suelo cedía bajo sus pies y empezó a caer y caer hasta ir a dar a lo que parecía ser una amplia y oscura caverna.

Miró a su alrededor.

No alcanzaba a distinguir casi nada, pero al intentar mirar hacia atrás vio una amenazante y gigantesca cabeza que tenía el tamaño de él y que, según pudo comprobar aterrado, pertenecía a un extraño reptil de piel escamosa que lo miraba con curiosidad.

¿Era un dinosaurio?

El niño trató de levantarse para huir, pero un dolor muy fuerte en una de sus piernas se lo impidió. ¿Qué podía hacer?

Entonces sucedió algo realmente increíble: ¡el dinosaurio le habló!

—¡Hola! — le dijo — ¿Quién eres tú?

Demían estaba tan asombrado que ni siquiera pensó en lo increíble de la situación y sólo atinó a responder:

Un día, Demían fue a pasear al cerro que quedaba detrás de su casa. Sabía que por los alrededores encontraría la entrada de una mina muy antigua, abandonada.

Demían pensaba ver si podía hallar restos fósiles de dinosaurios.

—¡Hola! Este... sí... ¡Qué tal! Este... soy un humano pequeño y me llamo Demián. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo soy un *Braquiosaurio* joven y mi nombre es Braq. Pero me está dando hambre, así es que me voy a comer. Si quieres, puedes venir conmigo.

—Me gustaría mucho, pero la pierna me duele y no puedo moverme.

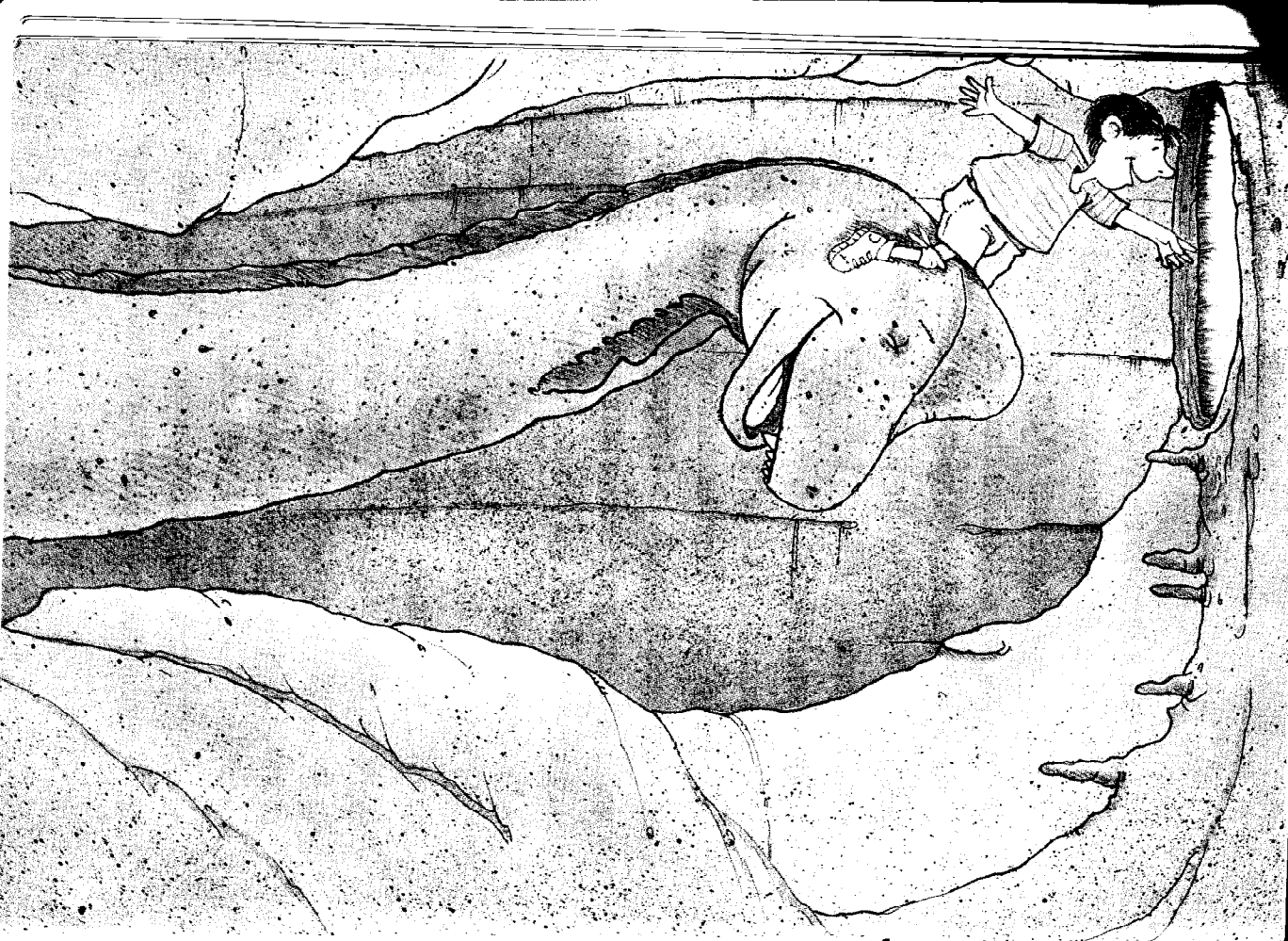
—Yo te llevaré —le ofreció el *Braquiosaurio*, acercándose a él.

Curiosamente, pues el animal medía casi lo mismo que un edificio de cinco pisos, Demián no sintió miedo y se subió al lomo del dinosaurio que fue como trepar hasta el techo de una casa de dos pisos.

El animal se dirigió hacia la salida de la caverna.

Ésta se abría sobre la ladera de un cerro totalmente desconocido para Demián, desde el cual el niño pudo ver una selva de coníferas y helechos. Una gran variedad de dinosaurios vagabundaba por allí dando uno que otro mordisco a las hojas de los árboles.

Demián y Braq se disponían a bajar cuando de pronto apareció frente a ellos otro enorme dinosaurio con una cabeza algo menor que la de Braq, con un curioso



pico como el de un de pato y un largo cuerno curvo en la frente.

—¡Corramos, que nos comel—gritó muerto de susto Demián. Sin embargo, su nuevo amigo, el *Braquiosaurio*, en vez de hacerle caso, se echó a reír:

—¡Oj, oj, oj! No tengas miedo, éste es mi amigo el *Parasaurolophus*; se llama Paras y sólo come hojas.

—¡Menos mal!—exclamó Demián, más tranquilo.

—Estaba seguro de que nos iba a devorar.—Y la verdad sea dicha—agregó—, que tengo que volver a mi casa antes de que noten mi ausencia. Lo que no sé es cómo podré volver a subir por ese pozo en el que caí.

Los tres volvieron a la entrada de la cueva, pero cuando se disponían a ingresar, apareció de repente otro gran dinosaurio con una cabeza poderosa y unas fuertes mandíbulas abiertas que nada bueno presagiaban.

—¡Ahora sí que tenemos que huir! Éste devora cualquier cosa que esté viva—gritó asustado Paras—; es un carnívoro.

Sin embargo, no fue necesario que lo hicieran, pues el enorme tamaño de Braq bastó para ahuyentar al hambriento intruso.

Recién entonces se dirigieron hasta el boquete por el cual el niño había caído.

—Ven, yo te ayudaré a subir—ofreció el *Parasaurolophus* al muchacho.

Demián subió ágilmente a la cabeza del dinosaurio y éste lo levantó como si fuera una pluma, hasta que alcanzó el piso de la mina.

—¡Volveré pronto!—les gritó Demián a sus amigos una vez que estuvo de vuelta en la mina y, rápidamente, corrió a su casa, subió a su dormitorio y se puso a leer, en un hermoso libro, todo acerca de los dinosaurios.

Claro que, por si acaso, prefirió no contarle a nadie acerca de su fabulosa aventura. El problema fue que al día siguiente, por más que buscó y buscó por todos los rincones de la mina abandonada, no pudo encontrar el pozo para bajar a la caverna.

Por las noches, el hermoso sapito Rolando croaba con su voz ronca y tierna los más dulces versos a su sapita adorada.

Le croaba a sus grandes ojos sobresalientes como ciruelas.

Le croaba a su enorme boca que le atravesaba de lado a lado la verde cara.

Le croaba a sus hermosas patitas robustas y arqueadas.

Y la dulce sapita Milena, sentada en una flor, escuchaba embelesada el croar de su amado.

Pero había en la poza otro sapo, grande y malo, dedicado a hacer brujerías.

Él envidiaba al sapito Rolando, así es que un día, justo cuando éste daba un enorme salto, el sapo malo dio un brinco, cazó una mosca y moviendo sus grandes ojos dijo:

*Conviértete sapo Rolando
en algo largo, seco y blanco.*

Un Príncipe Azul aparece.

Un sapo verde desaparece.

*Y sólo si una sapita,
con su nariz frota la tuya,*

¿Por qué los sapos son verdes?

En una profunda y cenagosa charca vivía un hermoso sapito verde.

Era el mejor cazador de moscas de toda la comarca, y el más saltarín de todos los sapos.

Saltaba el día entero de una hoja a otra hoja y en pleno salto... ¡plum!, cazaba una mosca.

*volverás a recobrar
tu apuesta y verde figura...*

...Y, ¡plum!, convirtió al sapito en el Príncipe Azul, y como iba en medio de un salto, ¡splashh! hizo el Príncipe, cayendo sentado al agua. Chapoteó desesperado y por fin logró levantarse, arrastrando consigo plantas, flores y hojas arrancadas del fondo cenagoso.

La dulce sapita Milena, que contemplaba a su amado Rolando, vio de pronto cómo éste desaparecía en medio de su magnífico salto y cómo, en su lugar, aparecía un ser largo, seco y blanco, de patas rectas, con la cabeza cubierta de pelos amarillos, una boca diminuta y dos pequeñísimos ojos azules muy escondidos. Un ser que salta del agua rompiendo las plantas y removiéndolo el barro del fondo del charco.

La sapita trató de reconocer a ese extraño animal.

“No es una vaca”, pensó, “pues no tiene cuernos. ¿Será un caballo con crines amarillas? Tampoco, porque no tiene cola. Por la forma achatada de su cara podría ser un cerdo, pero es muy flaco para ser un cerdo. No es un perro ni un gato. No es una cabra ni es un burro. Y no se me ocurre qué otro animal puede ser. O,

tal vez... quizá... no será acaso... ¡un hombre! ¡Uf!, ¡pobrecito! ¡Tan horrible que es!”.

Y mientras la dulce sapita Milena lo contemplaba con espanto, el pobre Príncipe Azul se levantó cuan largo era y miró a su alrededor.

—¿Qué me ha sucedido? —se preguntó.

Miró el agua, allá abajo, y por entre las plantas rotas y el barro vio su imagen reflejada.

Era alto, rubio y de ojos azules.

Al ver aquello comenzó a llorar: él también se encontraba horriblemente feo. Trató de saltar, pero... ¡splashh!, volvió a caer sentado al agua. A duras penas, moviendo primero una pierna y luego la otra, balanceándose para no perder el equilibrio, logró salir de la charca y se sentó en la orilla sobre una hojita. Naturalmente, ésta cedió, aplastada bajo su peso, y el Príncipe cayó al suelo.

“¡Oh!”, se lamentó, “¡qué torpe y feo soy!”. Trató de encontrar a Milena pero, por supuesto, la dulce sapita había escapado sin reconocer al sapito Rolando.

Muy triste, el Príncipe Azul aquella noche intentó varias veces croar dulces canciones, pero sólo extraños sonidos salían de su boca. Ruidos como “oh, dulce

amada mía”, o como “tesoro de mi corazón”, o como “adorada sapita Milena” y otros ruidos aún más molestos, así es que prefirió callarse y sufrir en silencio. Se sentó bajo un árbol y trató de dormir.

Por la mañana temprano salió a recorrer el lugar en busca de una sapita que quisiera frotar su nariz con la de él para romper su cruel hechizo. Recorrió charcas y pozas, pero no logró nada. Todos los sapitos, y no sólo ellos, sino todos los animales, grandes o pequeños, huían asustados ante su presencia.

Sólo una pequeña mariposacién salida del capullo, y por eso muy ignorante, se atrevió a acercarse y le preguntó:

—¿Eres un árbol que camina, con dos ramas y una flor amarilla arriba?

—No —replicó el Príncipe—. Soy el Príncipe Azul y lo que ves amarillo es mi pelo.

—¿Y esas gotitas que hay cerca de tu pelo, son gotitas de néctar dulce?

—No —volvió a replicar el Príncipe— son lágrimas que salen de mis ojos porque estoy llorando de tristeza.

—¿Y por qué estás triste?

—Mírame —le dijo—. Yo era un sapito verde y feliz.



Y ahora... ¿Tú no llorarías si te encontraras en mi estado? No era mucho lo que aquella mariposa nueva sabía acerca de la vida, pero, así y todo, le encontró toda la razón al pobre Príncipe.

—Es cierto —le dijo —me da mucha pena. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Creo que no —contestó él—, pero si te atreves a frotar tu trompita con mi nariz... quizás...

—Pues lo haré —dijo la pequeña mariposa en un gesto heroico y, cerrando sus ojos, enroscó muy fuerte su larga y fina lengua, apretó sus antenas y... volando rápidamente frente a su cara frotó, al pasar, su trompa contra la nariz del Príncipe Azul.

Entonces... ¡plum!, el Príncipe se convirtió de nuevo en un sapo.

Saltó feliz y apurado el sapito Rolando hasta la charca más cercana, pero cuando se miró en el agua... ¡Oh, espanto! Lo que vio fue la imagen de un sapo, sí, pero de un sapo de color... ¡azul!

“¡Claro!”, pensó, “como no fue una sapita sino una mariposa, el encanto no se deshizo por completo. Recobré mi figura pero no mi lindo color verde”.

Entonces se puso a croar desesperado llamando al sapo malo. Y dio un gran salto para llegar al centro de la charca, pero justo cuando estaba en el aire apareció de un brinco el sapo malo, cazó una mosca y moviendo sus grandes ojos dijo:

Conviértete sapo Rolando

en algo largo, seco y blanco.

Un Príncipe Carmín aparece.

Un sapo azul desaparece.

Y sólo si una sapita,

con su nariz frota la tuya,

volverás a recobrar

tu apuesta y verde figura...

...y ¡plum, convirtió al sapito en el Príncipe Carmín, y como iba en medio de un salto, ¡splashh!, hizo el Príncipe, cayendo sentado al agua.

Todo fue otra vez igual. Durmió mal, no pudo croar, no pudo cazar moscas, no pudo hacer nada importante ni agradable.

Y ahí estaba al día siguiente nuestro pobre Príncipe Carmín tirado en el pasto, muerto de pena, cuando se le acercó un sabio y viejo caracol.

—¿Eres acaso un gusano gigante? —le preguntó.

—No —le contestó el Príncipe—. Soy un sapito verde.

—Tú no eres un sapo, a mí no me engañas —exclamó indignado el caracol.

—Perdóname. Tienes razón —se disculpó Rolando—. La verdad es que yo era un sapito verde y feliz... y ahora, ¿qué soy? El Príncipe Carmín. ¿Te imaginas tanta desgracia?

—Es cierto —le dijo—, me da mucha pena. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

El Príncipe le explicó lo que había que hacer para romper el hechizo y el caracol decidió ayudarlo.

—¿Sabes? Supondré que eres un gusano grande. Por lo menos eres tan feo como cualquier gusano —le dijo el caracol que encontraba feos a todos los gusanos—. Supondré que eres sólo un gusano grande. ¡Total, peor no puedes estar! Frotaré mi nariz contra la tuya. ¡A ver, vamos! ¡Agacha la cabeza!

Y el Príncipe Carmín agachó la cabeza hasta tocar el suelo con la nariz. Entonces el valiente, sabio y viejo caracol, sacando solamente su naricita fuera de su caparazón, recogió sus cachitos, recogió sus largos ojos y

frotó su nariz contra la del Príncipe, refugiándose inmediatamente dentro de su concha.

Entonces... ¡plum!, el Príncipe Carmín se convirtió otra vez en un sapo.

Volvió a saltar apurado el sapito Rolando hasta la charca más cercana y se miró en el agua, pero... ¡oh, espanto! Lo que vio fue la imagen de un sapo, sí, pero de un sapo de color... ¡carmín!

Y de nuevo llamó al sapo brujo.

Y de nuevo éste dio un brinco.

Y cazó una mosca.

Y transformó al sapito Rolando, justo cuando éste estaba en medio de un salto, en el Príncipe Morado.

Y... ¡splashhh! hizo el Príncipe al caer al agua. Pero esto ya fue demasiado para él y allí mismo, en medio de la poza, se quedó sentado, llorando.

La dulce sapita Milena, que vivía en esa charca, asomó su cabeza fuera del agua y se acercó al Príncipe sin reconocer a su amado sapito, pues para ella todos esos seres humanos eran iguales entre sí. Entonces le dijo:

—Me das mucha pena, así es que escúchame con atención y contesta mi pregunta: si yo fuera una prin-

cesa y un humano perverso me hubiera transformado en una sapita, ¿me darías, como hacen los príncipes, un beso para que yo volviera a ser una princesa?

—Mil besos te daría —respondió entre sollozos el Príncipe Morado, que sí había reconocido a su dulce y amada sapita Milena—. Te daría besos y abrazos como dan los humanos.

—¡Pues, si tú puedes hacerlo, yo también puedo! — exclamó la sapita y, saltando junto al rostro de aquel ser, frotó su hermosa y ancha naricita contra la pequeña y respingada nariz del Príncipe.

Entonces... ¡plum!, éste se convirtió una vez más en el sapo Rolando y, cuando fue a mirarse en el agua, lo que vio fue la bella imagen de un sapito verde.

La dulce sapita Milena reconoció, entonces, a su amado y verde sapito Rolando y ambos se fueron saltando. Y él cazó una mosca. Y fueron muy felices. Y croaron muchos años y tuvieron muchos renacuajitos tan verdes como ellos.

Un elefante afectuoso

Había una vez un elefante que quería hacerse amigo de una... ¡pero vayamos por partes! Digamos primero que este elefante era dulce como la mermelada de frutillas, grande como una montaña, tierno como un capullo de rosa y feroz como un gatito recién nacido.

Vivía este elefante en medio de una enorme, enorme pradera que quedaba en medio de un enorme, enorme continente.

Y ahora sí te puedo contar qué es lo que le pasó a nuestro elefante.

Pues sucede que quiso ser amigo, así, a primera vista, de una... ¡hormiga!

Como lo oyes: ¡Quiso hacerse amigo de una hormiga!

Lo mejor de esta historia es que la hormiguina también quiso ser amiga del elefante.

Sucede que el elefante —y que yo sepa eso nunca le había pasado a ningún otro elefante— no sabía cómo expresar toda la amistad que sentía. Por eso cortaba y cortaba flores para su querida hormiguina y se las colaba suavemente sobre su espalda.

Pero las flores, pequeñas para él, eran enormes para ella, por lo que nuestra hormiga terminó con un espantoso dolor de espalda.

Entonces —¡brillante idea!— a él se le ocurrió escribirle un poema. Como era tímido, no quiso que nadie más que ella lo escuchara. Por eso se lo recitó calla-



dito, calladito, al oído. Aunque lo hizo en voz muy baja, dejó a su pobre amiga con el peor dolor de oídos que jamás hubiera sentido.

Él la invitó a pasear por la campiña pero, por más que daba unos pasos cortitos, cortitos, ella debía trotar y trotar apuradísima para no quedar rezagada. No había dado ni cinco pasos el amistoso, dulce y tierno elefante, cuando ella cayó extenuada por la carrera.

Entonces él le dijo:

—Quiero ser tu amigo.

El problema es que se lo dijo con tal entusiasmo, que la lanzó volando por los aires a más de diez metros de distancia.

—Bueno —le dijo la hormiga a su querido elefante—, sentémonos a conversar. Ven acá.

Él, dulce y tiernamente, se sentó sobre la hormiguita para conversar.

Ella, por supuesto, casi reventó. No podía respirar, se ahogaba, sentía un peso descomunal sobre su cuerpecito.

En fin, no resistiendo más la tremenda amistad del elefante, buscó un hormigo y se hizo amigo de él, de-

jando al pobrecito elefante dulce, grande, tierno y amistoso, dando resoplidos de pena.

¿Quieres sacar alguna conclusión de este cuento?

Te diré lo que yo creo:

Primero, que la hormiguita que quiera hacer amistad con un elefante debe tomar muchísimas, pero muchísimas vitaminas.

Segundo, que el elefante que quiera hacer amistad con una hormiga debe ir a un lugar en el que no haya hormigos.

Aunque pensándolo bien, en realidad en ninguna parte hay hormigos.

Cola de ratón

que hay debajo de la almohada.

Ésta es la triste historia

de un ratón y de su larga cola.

Sucedió un día que un dibujante

dibujó un ratón.

El pícaro ratón huyó,

pero como el dibujante

no levantara su lápiz, la cola

se fue alargando, alargando...

Ésta es la triste historia

de un ratón y de su larga cola.

Entonces el pintor dibujó

en la punta de la cola

nada menos... ¡que una amapola!

Pero la amapola se deshojó,

mientras la cola se alargaba

y se alargaba...

Ésta es la triste historia

de un ratón y de su larga cola.

Ahora, el ilustrador

pensó en algo diferente:

¡Una mariposa!

Érase que se era un ratón con cola.

No era el ratón Pérez

que de puro curioso

se cayó adentro de la cacerola;

ni el ratón que por las noches

sale en busca de ese diente

Pero la mariposa salió volando
en busca de una flor.
¿Y la cola?... La cola
siguió creciendo, creciendo...
Ésta es la triste historia
de un ratón y de su larga cola.
—¡Ajá!—exclamó
el dibujante enojado.
Ya sé cómo detenerla.
Y en la punta de la cola
hizo un ojo,
pero el ojo lloraba amargamente.
Al dibujante le dio tanta pena,
que le cantó una canción
para ver si se calmaba...
Mientras tanto la cola
crecía y crecía...
Ésta es la triste historia
de un ratón y de su larga cola.
Tan larga era la cola,
que el ratón ni se veía.
Para ponerle atajo



le pusieron una vela

—como la que usa la Chabela
cuando se corta la luz—.

Pero la vela se derritió

y la cola creció y creció...

Ésta es la triste historia

de un ratón y de su larga cola.

Desesperado, el dibujante

(¡pobre, cuánto sufre!)

en la punta de la cola

dibujó un enchufe.

¿Y sabes lo que hizo?...

Lo enchufó.

La cola ya no siguió creciendo...

Pero si tú miraras

hacia el otro extremo,

¿sabes lo que verías?

¡No lo vas a creer!

¿Un ratón de larga cola

como aquel de la triste,

triste historia?

¡De ningún modo!

Ahora lo que hay

es una lámpara...

¡con ampolleta y todo!

No llevaba mucho tiempo caminando por el jardín cuando, por sobre la cerca —¡créamelo!—, asomó la cabeza un dinosaurio.

Sergei lo miró y pensó que sería bueno hacerle una pregunta:

—¿Cómo llegaste hasta acá?

El dinosaurio, que era un *Diplodocus*, no le respondió de inmediato. Se notaba muy preocupado.

—Ven —le dijo en vez de responderle—, tenemos un grave problema y queremos pedirte ayuda.

—Claro —aceptó de inmediato Sergei—. ¿De qué se trata?

Rápidamente saltó por sobre la cerca de su jardín y ambos —él y el *Diplodocus*— se dirigieron a la plaza.

Mientras caminaban, su amigo *Diplodocus* le fue contando:

—Resulta que una gran manada de malvados *Velociraptors* ha estado atacando a los dinosaurios de estos lugares y, en realidad, no sabemos qué hacer.

—¿Los *Velociraptors*? ¿Esos carnívoros que asaltan en manadas a sus víctimas? No te preocupes, amigo, yo sé cómo vencerlos —dijo Sergei muy seguro.

Esa tarde Sergei decidió ir a visitar el mundo de los dinosaurios.

Cargó su mochila con cosas especiales para observar —y cazar— dinosaurios: un par de anteojos de larga vista, una capa de Superman, una espada de pirata y una bolsa para recolectar huevos de dinosaurios.

Mientras tanto, una gran multitud de pequeños dinosaurios se había reunido con ellos.

Al escuchar lo que decía el niño, gritaron muy contentos.

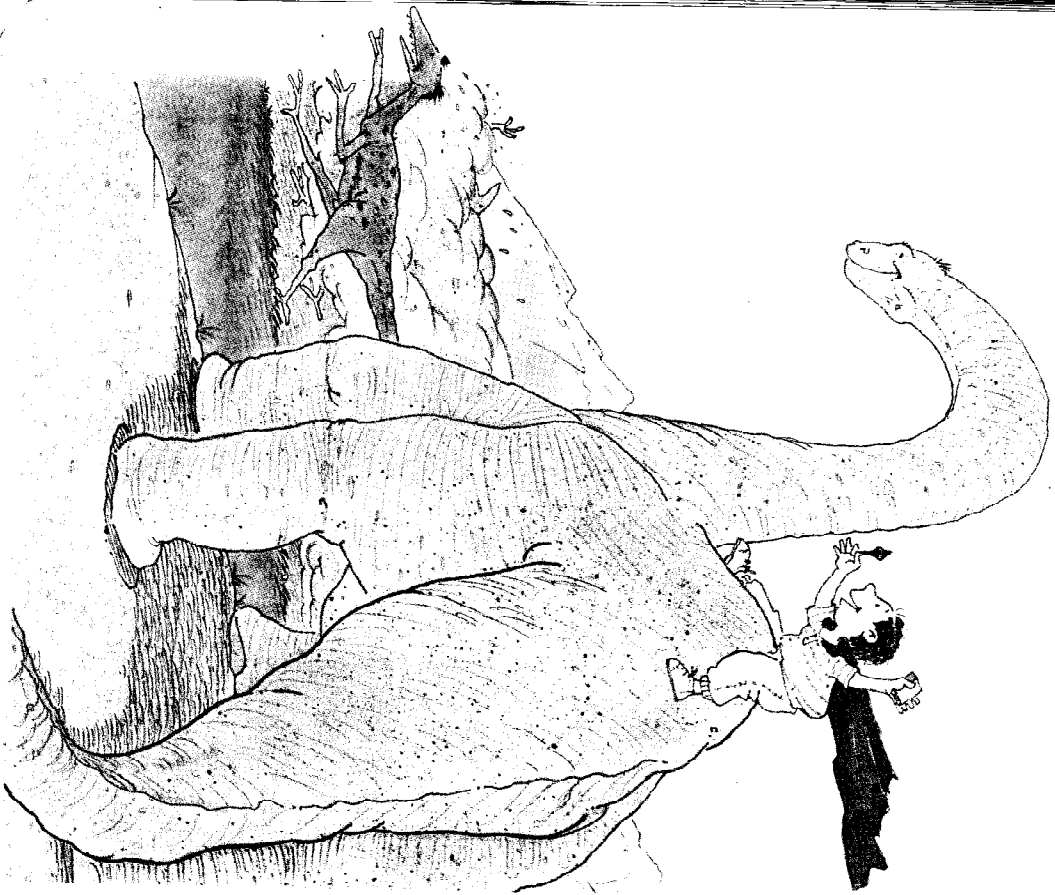
—¡Jojí... jojí... jojí!

Sergei comenzó a caminar por la plaza, buscando un lugar en el que no hubiera peligro de incendio. Entonces les pidió a los dinosaurios que acumularan muchas ramas muy secas, cosa que hicieron, confiando en su nuevo amigo.

Después, sacó una caja de fósforos y, ante el asombro de muchos —y el temor de muchos otros—, encendió uno.

Mientras esperaban que llegaran los atacantes, el niño aprovechó para preguntales por qué en ese lugar había dinosaurios de tantas épocas diferentes.

Un pequeño *Triceratops* (esos parecidos a los rinocerontes actuales, pero con tres cuernos en la cara en vez de uno) le explicó que hacía millones de años hubo terremotos tan devastadores, que la Tierra se había hundido justo aquí en la plaza en que se encontraban. Luego —continuó— los terremotos cesaron, pero los sobrevivientes de



diferentes épocas continuamos viviendo juntos.

Las explicaciones tuvieron que interrumpirse, debido a la llegada de los feroces *Velociraptors*.

Al verlos, todos los dinosaurios intentaron huir a pesar de los ruegos del amigo de Sergei.

Sin embargo, y cuando la manada estaba a punto de llegar junto a la barrera de leña —la que de seguro no resistiría el embate— Sergei, sacando nuevamente sus fósforos, acercó uno encendido a la leña que comenzó de inmediato a arder. Las gigantescas llamas provocaron tal pánico entre los carnívoros atacantes, que huyeron en desbandada.

Una vez que el peligro hubo pasado, el *Diplodocus* le pidió:

—Oye Sergei, ¿por qué no nos dejas esa caja de palitos mágicos que hacen fuego?

Así lo hizo, advirtiéndole, eso sí, que no hicieran demasiadas fogatas porque producirían mucha contaminación y, como él vivía cerca, sus padres podrían enojarse.

El luciérnago

Había una vez una luciérnaga.

Tú sabes, las luciérnagas son esos insectos que tienen como un farolito en la cola, el que por las noches se enciende y se apaga.

(Como el cuento trata de un señor luciérnaga, es decir, una luciérnaga macho, a ti no te importará mucho

que en vez de Luciémaga, yo diga Luciémago, ¿verdad?).

Pues bien, una noche estaba nuestro Luciémago parado sobre la rama de un árbol mirando cómo titilaban las estrellas en el cielo.

En realidad, eso era algo que él hacía todas las noches porque estaba enamorado de las estrellas. Le gustaba su brillo, le gustaba ese chisporrotear que ellas tenían.

Miraba los astros y se decía:

—Yo sé, estrellitas, que ustedes me hacen guiños porque conocen mi afecto y, seguramente, sienten lo mismo por mí.

Volvió a mirar ese silencioso centelleo y agregaba:

—Han de saber que alguna vez voy a ponerme a volar y subiré tan alto, tan alto, que llegaré hasta la estrella más cercana y le diré cuánto la quiero.

Mientras tanto encenderé y apagaré la luz que tengo en mi cola para que ustedes, estrellas, me puedan ver a mí.

Y hacía que su farolito se iluminase y se apagase como si fuera una pequeña estrella titilando.

Pero sólo seguía mirando porque, a decir verdad, era muy, muy flojo y nunca se decidía a emprender el vuelo.



Esa noche, parado en una rama muy alta del árbol, mientras miraba hacia el cielo, un aerolito atravesó volando el firmamento—¡fuuzzzz!—y pasó como si fuera una estrella fugaz, cayendo hacia la tierra.

El luciérnago vio la estrella que caía y se alegró:

—¡Oh! Así es que las estrellas también vuelan... ¡Qué bueno!, porque entonces sólo tengo que quedarme aquí, en esta rama, a esperar que una de ellas venga volando, volando hacia donde yo estoy.

Y nuestro buen —y bastante flojo— luciérnago se quedó en su rama, encendiendo y apagando la luz del farol que tenía en su colita, esperando, esperando a que una estrella llegara deslizándose desde el cielo hasta el lugar en donde él se encontraba.

¿Tú crees que si miras por la noche hacia un árbol, podrás ver a nuestro amigo luciérnago todavía esperando?

Pues te equivocas.

¿Sabes por qué?

Te contaré lo que sucedió:

Sucedió que, no mucho después de que el Luciérnago decidiera quedarse en su rama esperando, de repente,

no muy lejos de donde él se encontraba, comenzó a titilar una lucecita que se fue aproximando y aproximando hasta quedar muy cerca suyo.

—¡Oh! —se dijo—. ¡Qué bueno! Una estrella vino a verme.

Y se entusiasmó tanto, pero tanto, que, sin dudarlo ni un instante, voló desde su rama a esa otra en donde brillaba la luz.

Pero no se encontró con una estrella.

(Por supuesto que no. Tú y yo lo sabemos).

Se encontró con una...

Se encontró con una linda luciérnaga (y ahora estamos hablando de una señorita luciérnaga, una luciérnaga hembra) que, habiéndolo visto, decidió visitarlo.

Los dos se miraron y se... ¿Crees que las luciérnagas y los luciérnagos se enamoren?

Es algo que tú tendrás que decidir.

Yo no lo sé. Es tan difícil saber lo que piensan y sienten las luciérnagas.

Necesito un árbol, dijo el elefante

—¿Quién es?

—¡Soy yo! —contestó una voz muy ronca y fuerte.

—Y yo... —añadió otra voz no tan fuerte.

“Bah”, pensó Juanito, “¿quiénes serán yo?”. Se acercó a la puerta y la abrió, pero sólo un poquito para ver quién golpeaba.

—Oh —dijo al ver una fina raya azul que ocupaba todo el diminuto espacio abierto de la puerta.

Entonces la abrió un poco más y...

—¡Oh! —exclamó al ver una gruesa raya azul ocupando todo el espacio que estaba abierto.

Así es que la abrió hartito más y...

¿Sabes qué vio? Pues nada menos que un enorme Elefante Azul parado delante de la puerta abierta.

—¡Oh! —Gritó. Pero, ¿sabes por qué?

Porque detrás del Elefante Azul estaba el Hipopótamo Amarillo.

“¡En fin!”, pensó Juanito, “si el Elefante Azul quiere salir a pasear con el Hipopótamo Amarillo, no es algo que me importe”.

—Buenas tardes —los saludó, pues era muy bien

Había una vez un niño que se llamaba Juanito.

Un día, mientras Juanito almorzaba tomate con cazuela de pollo, de pronto...

—¡Toc, toc! —se oyeron unos fuertes golpes en la puerta de la casa.

¿Quién podrá ser?, pensó Juanito, y preguntó:

educado. Pero como también era sumamente curioso, de inmediato les preguntó:

—¿Qué quieren?

—Busco un árbol —tronó la voz del Elefante Azul.

—Un árbol, un árbol... —repitió el Hipopótamo Amarillo, tratando de asomarse por entre la trompa del Elefante.

—¿Un árbol? —se preocupó Juanito.

“¡Uff!”, pensó, “los elefantes comen hojas de árbol y... hay un árbol en el patio, así es que... si lo llega a ver se comerá todas sus hojas.

Entonces, para que se les pasara el hambre, los invitó:

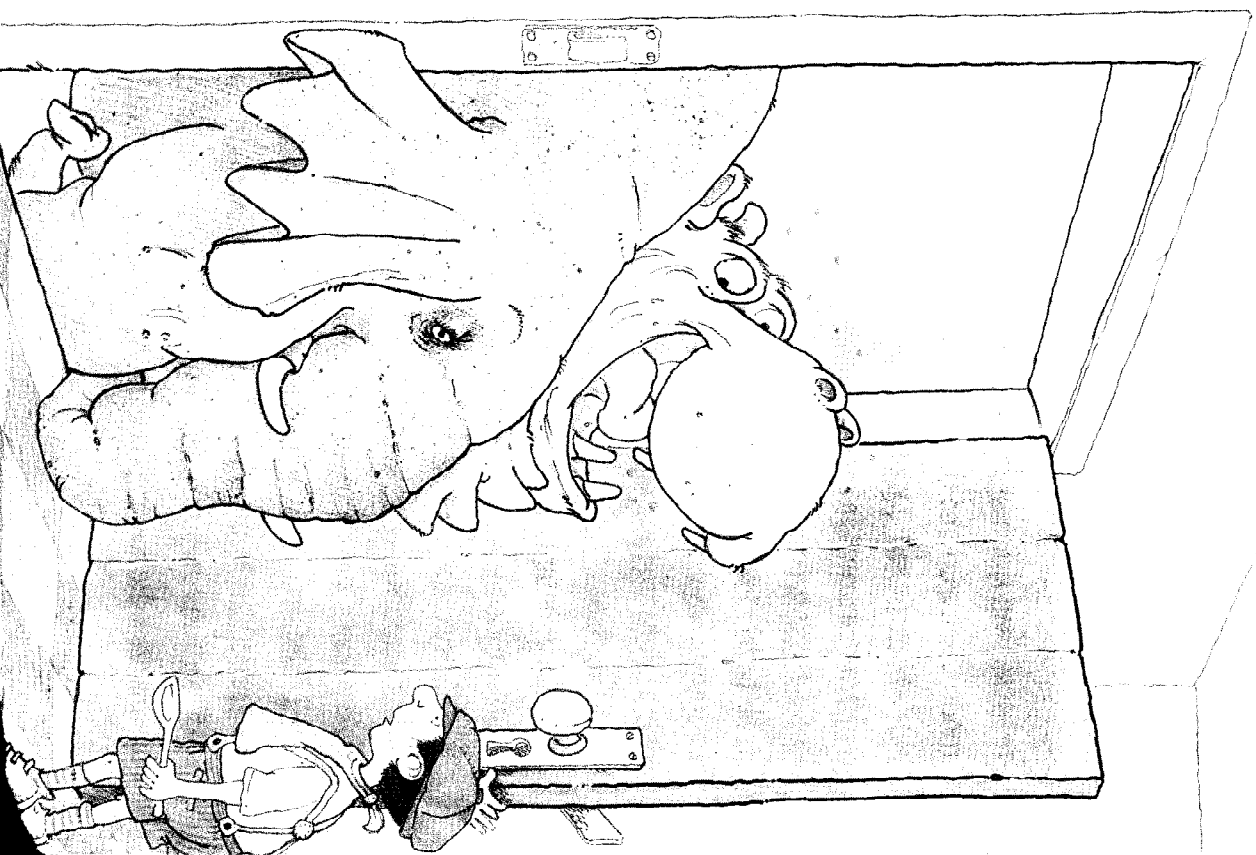
—Estoy almorzando. ¿No quieren almorzar conmigo?

—¡No, gracias! —le respondió el Elefante Azul que también era muy bien educado—. Ya almorzamos.

—Ya... ya... —aseguró el Hipopótamo Amarillo, que aún seguía tratando de empujar al Elefante hacia un lado para que Juanito lo viera.

—¿Y qué comieron? —preguntó Juanito, que ya sabemos lo curioso que era.

—Salchichas con huevo y puré con tomate —dijo el Elefante lo más bajito que pudo.



—Y tara... tarallines... —agregó el Hipopótamo Amarillo asomando, ¡por fin!, la nariz por debajo del Elefante.

—¡Oh! —suspiró aliviado Juanito, y pensó que por suerte no se iban a comer las hojas de su árbol, pero de todos modos, le asaltó una duda tan enorme como un elefante:

—Entonces, ¿para qué necesitan un árbol? —Para rascarnos la espalda —aseguró el Elefante Azul con su voz ronca y fuerte.

—¡Ah! —se asombró Juanito—. No se me había ocurrido que los árboles podrían servir para rascarse la espalda. Por favor, espérenme. Le voy a ir a pedir permiso a mi mamá.

—Te quedaré muy agradecido —tronó el Elefante Azul muy contento.

—Muy... muy... —agregó su acompañante. Por supuesto que la mamá le dio permiso y Juanito hizo pasar a sus visitantes.

El Elefante Azul y el Hipopótamo Amarillo entraron, procurando pisar en punta de patas para no ensuciar la alfombra y teniendo mucho cuidado de no rozar el aparador lleno de copas ni la mesita de centro con

cubierta de cristal, ni menos el florero de porcelana con seis gladiolos.

Así, uno detrás del otro, cruzaron la habitación: Juanito adelante, seguido por el Elefante Azul, después su amigo el Hipopótamo Amarillo y la mamá al final, cerrando la marcha.

Pero cuando iban llegando al patio, la mamá pudo ver la espalda del Elefante Azul y la del Hipopótamo Amarillo y se dio cuenta de que estaban sumamente sucias.

—¡Con razón quieren rascárselas! —exclamó—. Pero yo creo que sería mejor que se dieran un baño de tina.

Al oír la palabra *tina*, el Hipopótamo Amarillo abrió grandes ojos y, ¡popopom, popopom!, se fue dando trocitos hasta el baño y, ¡jurash!, ¡jurash!, se metió al agua dando grititos de alegría:

—¡Ricorico... ricorico!

“Está bien”, pensó Juanito, “porque la verdad es que el Elefante Azul hubiera podido meter sólo una pata en la tina de baño”.

Ello habría sido cierto si el Elefante Azul hubiera logrado cruzar la puerta del baño, que no era muy grande. Así es que, mientras el Hipopótamo Amarillo se ba-

ñaba en la tina, en el patio, la mamá de Juanito le echaba agua en la espalda con una manguera y Juanito, montado sobre su lomo, lo cepillaba y cepillaba con fuerza.

—¡Qué rico, qué rico!—decía muy contento el Elefante Azul.

Pero en ese momento llegaron volando los tres Monos, el Lila, el Anaranjado y el Rojo.

De inmediato el Elefante Azul y el Hippopótamo Amarillo—quien saliendo muy apurado de la tina de baño llegó trotando—se colgaron de la cola de los monos y partieron volando.

Desde el aire, el Elefante Azul gritó:

—¡Muchas gracias, Juanito, a ti y a tu mamá!

El Hippopótamo Amarillo también gritó:

—¡Muchas, muchas!

Entonces, los animales de todos los colores, azul y rojo, amarillo, lila y anaranjado se elevaron hacia el cielo como si fueran un hermoso y brillante arco iris.

Y se alejaron volando, volando... y colorín colorado, este cuento también se ha... ¿volado?

Índice

| | |
|--|-----|
| La ardillita floja | 7 |
| La bola de oro | 16 |
| Un abanico para asustar | 22 |
| El potrillo y una señora vieja | 27 |
| Saltamontes tocaba el violín | 33 |
| Marcela no baja al subterráneo | 41 |
| El pez parlanchín | 46 |
| La guerra de las tortugas contra los elefantes | 52 |
| Tres burros más cinco manzanas | 57 |
| Un amigo llamado Braq | 62 |
| ¿Por qué los sapos son verdes? | 68 |
| Un elefante afectuoso | 79 |
| Cola de ratón | 84 |
| ¡Sergei al ataque! | 90 |
| El luciérnago | 95 |
| Necesito un árbol, dijo el elefante | 100 |